

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DR. MARIANO A. ACOSTA.

TOMO VII.—NUMERO 6

SUMARIO:

- I.—*EVANGELINA* (una leyenda de Acadia, escrita en inglés por Longfellow y traducida expresamente para “La Juventud Salvadoreña”), por Juan Fermín Aycinena.
- II.—*EDDA* (poema en verso escrito expresamente para “La Juventud Salvadoreña”), por Isaías Gamboa.
- III.—Miscelánea.

ADMINISTRACION: 4ª CALLE ORIENTE NUM. 16

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Junio de 1897.

Personal de la Sociedad.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alonso Reyes Guerra.
1er. Vocal	„ Eusebio Bracamonte.
2º „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Víctor Jerez.
Tesorero	„ Isaias Gamboa.
1er. Secretario	„ Juan Coronel.
2º „	„ Fermín Bayona.

SOCIO HONORARIO:

Doctor don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS: *

Srita.	Adela A. Orantes.		Don José M ^a Gomar
Doctor don	Adrián García		„ Juan Antonio Solórzano.
„	Alberto Masierren		Doctor „ Juan Gomar.
Br.	„ Alfonso Espino.		„ „ Mariano A. Acosta.
			„ „ Nazario Salaverria.

SOCIOS CORRESPONSALES: *

Doña	Amalia Puga de Losada.		Dr.	„ Francisco Espinal.
Srita.	Carlota Membreño.		„	„ Francisco J. Amy.
Doña	Clorinda Matto de Turner.		Dr.	„ Francisco Rodríguez Cárdenas.
Srita.	Delfina Melara.		„	„ Froilán Turcios.
„	Josefa Carrasco.		„	„ Ismael Cerna.
„	Lucila Gamero Moncada.		„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
Doña	Luz Arrué de Miranda.		„	„ Jesús Díaz de León.
„	María Guadalupe Reyes de Carías.		„	„ Joaquín B. Calvo.
Srita.	Mary Elizabeth Springer.		„	„ Joaquín Méndez.
Doña	Mercedes Cabello de Carbonera.		„	„ José Joaquín Palma.
„	Pilar Larrave de Castellanos.		„	„ José Joaquín Pérez.
Srita.	Rafaela del Aguila		„	„ José Santos Chocano.
„	Rafaela Turcios.		Lic.	„ Juan Fermín Aycinena.
Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.		„	„ Justo A. Facio.
Dr.	D. Abrahám Rivera.		Dr.	„ Leonidas Pacheco.
Br.	„ Adolfo Castro.		„	„ Leonidas Pallares Arteta.
Lic.	„ Agustín Mencos F.		„	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Dr.	„ Alberto Membreño.		„	„ Lucio Alvarenga.
Lic.	„ Alberto Mencos.		„	„ Manuel Moncloa Covarrubias.
„	„ Anastasio Alfaro.		„	„ Manuel S. López.
„	„ Anselmo Valdés.		Lic.	„ Manuel Valladares Rubio.
Lic.	„ Antonio Batres Jáuregui.		„	„ Marcelino Pacheco.
„	„ Aquileo Echeverría.		Dr.	„ Nicanor Bolet Peraza.
Br.	„ Baltasar Parada.		„	„ Pedro Pablo Figueroa.
„	„ Carlos A. Imendia.		„	„ Pío Viquez.
„	„ Carlos Gagini.		„	„ Presentación Quesada.
„	„ Carlos G. Amézaga.		„	„ Próspero Calderón.
„	„ Carlos Gutiérrez.		„	„ Rafael E. Chaves.
Dr.	„ Celso Briones.		„	„ Ramón A. Salazar.
„	„ David A. Payés.		„	„ Ramón P. Molina.
„	„ Désiré Pector.		„	„ Ricardo Fernández Guardia.
„	„ Domingo Martínez Luján.		„	„ Ricardo Palma.
„	„ Enrique Gómez Carrillo.		„	„ Ricardo Rossel.
„	„ Enrique Guzmán y Valle.		„	„ Rómulo E. Durón.
„	„ Esteban C. Roque.		„	„ Rubén Rivera.
„	„ Esteban Guardiola.		„	„ Salvador Flamenco.
„	„ Ezequiel Gamboa.		„	„ Santiago Key Ayala.
„	„ Francisco A. Reyes.		„	„ Simeón Eduardo.
„	„ Francisco Castaneda.		„	„ Sixto Morales.

* Por el orden alfabético de sus nombres.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

DOROTEO FONSECA,

EUSEBIO BRACAMONTE,

ALONSO REYES GUERRA.

TOMO VII. |

San Salvador—Junio de 1897.

| NUM. 6

EVANGELINA

UNA LEYENDA DE ACADIA

Esta es la floresta primitiva. Los pinos murmuradores; y los abjetos cubiertos de musgo, con sus vestiduras verdes, confundiendo en el crepúsculo, están en pié, como Druidas de la vejez con voces tristes y proféticas; están en pié, como harpistas encanecidos, con sus barbas hasta el pecho. La profunda y resonante voz del océano habla, y en desconsolados acentos responde al gemido de la floresta.

Esta es la floresta primitiva; pero dónde están los corazones que bajo de ella saltaban como el corzo al oír en el bosque la voz del cazador? En dónde está el pueblo de pajizos techos, el hogar de los labradores de Acadia,—hombres cuya vida se deslizaba como los ríos que riegan los campos cubiertos de árboles, oscurecidos por las sombras de la tierra, pero reflejando una imágen del cielo? Desoladas están aquellas deliciosas heredades, y los colonos partieron para siempre; Esparcidos como el polvo y las hojas, cuando el violento soplo de octubre los agarra, y los hace dar vueltas arriba, y los arroja lejos sobre el océano. Nada más que la tradición queda del precioso pueblo de *Grand Pré*.

Vosotros los que creéis en la afección que espera y sufre con paciencia, vosotros los que creéis en la hermosura y fuerza de la devoción de la mujer, prestad oídos á la melancólica tradición, cantada silenciosamente por los pinos de la floresta; escuchad una Leyenda de Amor en Acadia, hogar de la felicidad.

PARTE PRIMERA.

En la tierra de Acadia, en las costas de *Digue de Minas*, distante, aislado y silencioso yacía en el fructífero valle el pequeño pueblo de *Grand Pré*. Vastas praderas se extendían hácia el Este, dando su nombre al pueblo, y pastos á rebaños sin número.

Diques, que las manos de los labradores habían levantado con incesante trabajo, detenían las turbulentas mareas; pero en las estaciones convenientes se abrían las compuertas y dejaban entrar el mar para que invadiese á su voluntad las praderas.

Al occidente y al sur había campos de lino y huertos y maizales extendiéndose á lo lejos y sin límites en la llanura; y afuera hácia el norte floridos rosales y las antiguas florestas; y encima de las montañas fijaban sus pabellones las nieblas del mar; y las brumas del poderoso Atlántico miraban el valle feliz, pero nunca bajaban de su puesto. Allí en medio de sus heredades estaba el pueblo de Acadia. Las casas, sólidamente edificadas con maderas de roble y de abeto, semejantes á las de los campesinos de Normandía construidas en el reinado de los Enriques. Pajizos eran sus techos, con ventanilla de desván; y aleros proyectándose sobre el basamento, protegían y daban sombra á la puerta. Allí en las tranquilas tardes de verano, cuando el esplendente sol al caer iluminaba la calle del pueblo y doraba las veletas de las chimeneas, se sentaban las matronas y las doncellas con

gorras blancas como la nieve, y con mantos de escarlata, azules ó verdes, hilando en ruecas el dorado lino para los bulliciosos telares, cuyas inquietas lanzaderas, en las puertas de las casas, mezclaban su sonido con el rechino de las ruedas y los cantos de las muchachas.

Por la calle abajo venía solemnemente el padre cura, y los niños suspendían sus juegos para besarle la mano, que él extendía para bendecirlos. El reverendo caminaba en medio de ellos, y las matronas y las jóvenes se levantaban saludando su lenta llegada con palabras de cariñosa bienvenida. Entonces los labradores volvían del campo á sus casas, el sol se hundía serenamente hácia su descanso y quedaba el crepúsculo.— Presto en el campanario sonaba suavemente el *Angelus*, y sobre los techos del pueblo las columnas de pálido humo azulado, como nubes de incienso, se levantaban de cien hogares en que habitaban la paz y el contento.

Así vivían juntos en amor aquellos sencillos colonos de Acadia,—vivían en el amor de Dios y del hombre. Estaban libres tanto del temor que reina con el tirano, como de la envidia, vicio de las repúblicas.

Ni tenían cerraduras en sus puertas, ni barras en sus ventanas; sus habitaciones estaban abiertas como de día, y como los corazones de sus dueños; allí el más rico era pobre, y el más pobre vivía en la abundancia.

Un tanto separado del pueblo y más cerca de *Dique de Minas*, Benedicto Bellefontaine, el más opulento colono de *Grand Pré*, habitaba en sus buenas tierras, y con él vivía, dirigiendo su casa, su hija, la dulce Evangelina, orgullo del pueblo.

De figura digna y mejestuosa era el hombre, á pesar de sus setenta inviernos; robusto y vigoroso como una encina cubierta de témpanos de hielo; blancas como la nieve eran sus guedejas, y sus mejillas morenas como hojas de roble. Hermosa era y digna de admiración aquella virgen de diez y siete primaveras. Negros eran sus ojos como las bayas que crecen en los espinos al lado del camino, negros, pero cuán suavemente brillaban bajo la oscura sombra de sus rizos! Tranquila era su respiración como la de las vacas que pacer en las praderas. Cuando en el calor de

agosto llevaba á los segadores á medio día jarros de cerveza preparada en casa, ¡ah! cuán bella en realidad estaba la joven!. Mas hermosa era cuando en la mañana del domingo, mientras la campana desde su torrecilla rociaba el aire con sonidos sagrados, como el sacerdote con su hisopo á la congregación derramando bendiciones, pasaba ella á lo largo de la calle, con su rosario de cuentas y su devocionario, llevando su gorra normanda, su capa azul y sus argollas traídas en otro tiempo de Francia, puesto que, como vínculo de familia pasaron de madre á hija al través de largas generaciones: Pero un resplandor celestial, una belleza más etérea brillaba en su rostro y envolvía su forma, cuando después de la confesión, con digna serenidad caminaba con la bendición de Dios. Después que había pasado, parecía como cuando cesa una música exquisita.

Firmemente edificada con vigas de encina, la casa del colono estaba en la ladera de una colina que dominaba el mar; y un sombrío sicomoro crecía cerca de la puerta, con una madre selva enroscándose en su rededor. Rudamente esculpido era el pórtico con asientos en su base; un estrecho sendero conducía al través de un extenso huerto y desaparecía en la pradera.

Bajo el sicomoro había colmenas colgadas del cobertizo de la casa, así como cuando el viajero ve en regiones remotas, cerca del camino, una caja para el pobre, ó la bendita imagen de María.— Más lejos, abajo, en el declive de la colina estaba el pozo con su mohoso cubo, asegurado con hierro, y cerca de él una artesa para los caballos

Amparando la casa de las tempestades, hácia el norte estaban los graneros y el patio de la finca. Allí estaban los carros de anchas ruedas, los antiguos arados y las gradas; allí estaban los reñiles de los carneros; y allí, en su alado serrallo se inflaba el vanidoso pavo, y cantaba el gallo con la misma voz que en antiguos tiempos había hecho estremecer al penitente Pedro. Atestados de heno estaban los graneros, y eran como una población. En cada uno sobre el caballete se proyectaba un techo de paja; y una escalera bajo de los aleros cobertores conducía hácia el oloroso grano. Allí también estaba el palomar

con sus mansos é inocentes habitantes, que murmuran siempre palabras de amor; mientras encima las ruidosas velantas rechinaban anunciando el cambio de las brisas.

Así, en paz con Dios y con el mundo, el colono de *Grand Pré* vivía en su finca bañada por el sol, y Evangelina gobernaba su casa. Muchos jóvenes, cuando se arrodillaba en la iglesia y abría su libro de misa, fijaban sus ojos en ella como en el santo de su más profunda devoción; feliz era el que podía tocar su mano ó el ribete de su vestido! Muchos pretendientes llegaban á su puerta, á favor de la oscuridad, y cuando llamaban y esperaban oír el sonido de sus pisadas, no sabían qué producía más ruido, si su corazón ó el tocador de hierro; ahora, en la alegre fiesta del Santo Patrón del pueblo, el más atrevido se adelantaba y oprimía su mano en la danza, murmurando aceleradas palabras de amor, que parecían una parte de la música. Pero Entre todos los que venían, el joven Gabriel era el sólo bien recibido; Gabriel Lajennesse, hijo de Basilio el herrero, que era hombre excelente y honrado de todos los de su pueblo. Porque desde el origen del tiempo, á través de todas las edades, y naciones, el oficio de herrero ha sido bien reputado por el pueblo. Basilio era amigo de Benedicto. Sus hijos, desde la más tierna infancia crecieron juntos como hermano y hermana; el padre Feliciano, párroco y maestro al mismo tiempo, del pueblo, les había enseñado las letras en el mismo libro, con los himnos y cánticos de la Iglesia.

Pero después de cantado el himno y terminado la lección cotidiana, ellos corrían precipitadamente al taller de Basilio el herrero. Allí estaban en pie en la puerta viéndolo con ojos asombrados tomar en su delantal de cuero el caso del caballo como un juguete, y clavar la herradura en su lugar; mientras cerca de él la llanta de la rueda del carro yacía como una culebra de fuego, encrosada en un círculo de cenizas.— Muchas veces en las tardes de otoño, cuando por fuera, á través de cada hendidura ó grieta, aparecía la herrería entre la densa oscuridad reventando en luz al calor de la fragua, ellos vigilaban adentro los trabajadores fuelles, y cuando su palpitación cesaba, y las chispas

espiraban en las cenizas, reían alegremente, diciendo que eran monjas que iban á la capilla. Frecuentemente en invierno se deslizaban en trineos sobre la pradera con la velocidad del águila, traspasando los límites de la colina.— A veces trepaban á los poblados nidos de las vigas de los graneros, buscando con ansiosos ojos aquella piedra maravillosa que la golondrina trae de la costa del mar para restituir la vista á sus polluelos; dichoso el que encuentra tal piedra en el nido de la golondrina!

Así pasaron unos pocos y veloces años, y ellos no fueron niños largo tiempo. El era ya un guapo mozo, y su cara, como la faz de la mañana, alegraba la tierra con su luz, y no obstante iba madurando en sus acciones. Ella era ya mujer; su corazón y sus esperanzas lo anunciaban. "Rayo de sol de Santa Enlalia" le decían; porque así como ese sol era el que, según creían los colonos, cargaba sus huertos de manzanas, ella también traería á la casa de su marido delicias y abundancia, llenándola de amor y de rubias caras de niños.

II

Había vuelto la estación en que las noches son más frías y más largas, en que el sol retirándose, entra en el signo de Escorpión. Las aves de paso surcaban el aire pesado, desde el confin de nieve en las desoladas bahías del norte, á las costas de las islas tropicales. Las cosechas de granos eran entrojadas; y los árboles de la floresta luchaban con los desenfrenados vientos de setiembre, como Jacob en otro tiempo con el ángel. Todas las señales anunciaban un invierno largo é inclemente. Las abejas con el instinto profético de la necesidad, habían guardado su miel hasta que las colmenas rebosaran; y los cazadores indíguas aseguraban que el invierno sería frío porque el pelo de las zorras estaba espeso.

Tal era la venida del otoño. Luego siguió aquella hermosa estación llamada por los piadosos paisanos de Acadia el verano de todos los Santos! El aire estaba impregnado de fantástica y mágica luz; y el paisaje se extendía como nuevamente creado, con toda la frescura de la infancia. La paz parecía reinar sobre la tierra, y el inquieto seno

del océano estaba por un momento tranquilo. Todos los sonidos se mezclaban en armonioso conjunto. Voces de niños jugando, el canto de los gallos en los corrales, el ruido de las alas en el dormido aire, el arrullo de las palomas, todo era apacible y dulce como los murmullos del amor, y el gran sol lo miraba con ojos amorosos á través de los dorados vapores que lo cercaban, mientras revestidos con su ropaje de rosa, escarlata y amarillo, los lucientes árboles de la floresta relampagueaban al brillante resplandor del rocío, como el plátano que el Persa adorna con mantos y joyas.

Ahora volvía á comenzar el reinado de la quietud, de la afección y del silencio. El día con sus cuidados y su bullicio había partido, y al bajar el crepúsculo traía al cielo la estrella de la tarde, y los rebaños á casa.

Estos venían escarbando la tierra con el pié, y descansando su cuello uno en otro, y con las ventanas de la nariz abiertas aspiraban el fresco de la tarde. La primera de las vacas de Evangelina, la más bella, orgullosa con su piel blanca como la nieve, llevando la campanilla y la cinta que tremolaba en su collar, andaba quieta y despacio, como si conociera la humana afección. Venía detrás el pastor con sus baladores rebaños, del lado del mar donde estaba su pastoría favorita. Tras ellos seguía el perro guardian, paciente, lleno de importancia, grande con el orgullo de su instinto, caminando de un lado á otro con un aire señorial, ondeando con soberbia su espesa cola, y excitando hácia adelante á las rezagadas; él era el regente de los rebaños cuando el pastor dormía; y su protector cuando en medio de la noche estrellada ahullaban los lobos en la floresta. Tarde, al salir la luna, volvían los cerros de las ciénegas, cargados de heno salado, llenando el aire con su olor. Los caballos de estimación, con rocío en las crines y en el pelo de sus pies, relinchaban de alegría, mientras sobre sus lomos las pesadas sillas de madera, pintadas de brillantes tintas y adornadas con borlas carmesíes, cabeceaban en su resplandeciente arreo como la malva del huerto al peso de sus flores. Entre tanto las vacas con gran mansedumbre estaban en pie y entregaban

sus ubres en manos de las lecheras; mientras en lenta y regular cadencia bajaba el espumoso líquido á las sonoras vasijas. Los mugidos del ganado y el ruido de la risa se oían en el patio de la quinta, haciendo eco en los graneros. Luego se hundían en el silencio; cerrábanse pesadamente con un sonido de riña las puertas de los graneros, rechinaban las trancas de madera y todo quedaba por entonces silencioso.

Dentro de la casa, al calor del hogar, el colono se sentaba descansadamente en su silla de brazos y contemplaba las llamas y roscas de humo luchando unas con otras como enemigos en una ciudad incendiada. Detrás de él, cabeceando y remedándolo con gestos fantásticos, se movía á lo largo de la pared su propia, inmensa sombra, y en seguida se desvanecía en la oscuridad. Caras groseramente esculpidas en roble en el respaldo de su silla de brazos, se reían á la fluctuante luz; y los platos de peltre en el aparador recogían y reflejaban la llama, como escudos de ejércitos el resplandor del sol. El viejo entonaba fragmentos de canciones y villancicos de Navidad, tal como en el tiempo pasado sus padres antes que él los cantaban en sus huertos de Normaudía y en sus brillantes viñedos de Borgoña.— Cerca y al lado de su padre estaba sentada la bella Evangelina, hilando el lino para el telar que estaba en el rincón detrás de ella.

Silenciosa algún tiempo estaba su cárcola y quieta su diligente lanzadera, mientras el monótono zumbido de la rueca, como el roncón de una gaita, seguía el canto del viejo y unía los fragmentos sin interrupción. Como en una iglesia, cuando cesa á intervalos el canto del coro, se oyen pisadas en las naves laterales, ó palabras del sacerdote en el altar, así en cada pausa del canto, el reloj retañía en acompasado movimiento.

Estando así, se oyeron pasos, y levantada repentinamente sonó la aldaba de madera y la puerta giró sobre sus goznes. Benedicto conoció por los zapatos claveteados que era Basilio el herrero, y Evangelina por los latidos de su corazón adivinó quién estaba con él. "Bien venido", exclamó el colono, cuando sus pisadas se detuvieron en el um-

bral de la puerta, "bien venido, Basilio, amigo mío; Vén, ocupa tu lugar en el escaño cerca de la chimenea, que está siempre vacío sin tí; toma de encima del estante tu pipa y la caja de tabaco; nunca eres tú tan tú mismo, como cuando entre las ondas de humo de la pipa ó de la fragua, tu rostro benévolo y jovial resplandece redondo y rubio, como la luna de agosto al través de las nieblas de los pantanos." Entonces, con una sonrisa de contento, contestó así Basilio el herrero, tomando con desembarazo el acostumbrado sitio cerca del fuego:

—Benedicto Bellefontaine, tú siempre tienes tu estilo de chanza y de jácara! Siempre estás de buen humor cuando otros están llenos de tristes pronósticos y solo miran desgracias delante de sí. Tú eres feliz, como si cada día hubieses recogido una herradura de caballo"—Suspendiendo un momento para tomar la pipa que Evangelina le trajo, y con un carbón del rescoldo había encendido, continuó lentamente:

—Cuatro días han pasado desde que los buques ingleses anclaron en la bahía de Gaspereau, con sus cañones apuntando contra nosotros. Cuál podía ser su designio, no se sabe; pero se ha ordenado á todos juntarse mañana en la iglesia, en donde el mandato de su majestad será proclamado como ley de la tierra. Ay! al mismo tiempo muchas sospechas de desgracia alarman á los corazones del pueblo!". Entonces respondió el colono: "Tal vez propósitos amistosos traen estos buques á nuestras costas. Tal vez las cosechas en Inglaterra han sido perjudicadas por lluvias intempestivas ó por calor más intempestivo, y ellos querrán alimentar su ganado y sus hijos con nuestros repletos graneros;"—"No piensa así la gente en el pueblo," dijo acaloradamente el herrero, sacudiendo su cabeza como en duda; luego exhalando un suspiro, continuó: "No se han olvidado ni Luisbourg, ni Beau Sejour, ni Port Royal. Muchos han huido ya á la floresta y acechan en los confines del país, esperando con ansiosos corazones el dudoso suceso de mañana.—Se han tomado nuestras armas y elementos de guerra de toda clase; no han dejado más que el martillo del herrero y la guadaña del segador."—Entonces con jocosa sonrisa contestó el jovial colono: "Mas seguros estamos desar-

mados en medio de nuestros rebaños y nuestras s-menteras, más seguros entre estos pacíficos diques rodeados por el océano, que nuestros padres en fuertes sitiados por el cañón enemigo. No temas ningún mal, amigo mío, y que no caiga esta noche ninguna sombra de pena sobre este hogar y sobre el corazón; porque esta es la noche del contrato.—Edificados están la casa y el granero.—Los robustos muchachos del pueblo los han construido bien y sólidamente; y labrando la tierra al rededor de ellos, llenaron de heno el granero y la casa de alimento para unos doce meses.—René Leblanc estará aquí ahora con sus papeles y su tintero de faltriquera. ¿No estaremos entonces alegres y regocijados con el gozo de nuestros hijos?

Como Evangelina estaba á un lado, cerca de la ventana, con la mano en la mano de su amante, sonrojándose oyó las palabras que su padre había hablado, y al espirar éstas en sus labios, entró el digno notario.

III

Encorvada como un remo trabajador que se fatiga en la resaca del océano, encorvada, pero no quebrada por la edad era la figura del notario público; mechones de cabello amarillo, como las sedosas hebras del maíz, colgaban sobre sus espaldas; su frente era alta; y llevaba anteojos con patas de cuerno montados en sus narices, con un aspecto de sabio supremo. Era padre de veinte hijos, y más de cien nietos montaron á caballo en su rodilla, y oyeron el *tic tac* de su gran reloj. Cuatro largos años en tiempo de la guerra languideció como cautivo, sufriendo mucho en un antiguo fuerte francés, como amigo de los ingleses. Ahora, aunque más cauto, sin ningún disfraz ni sospecha había madurado en sabiduría y era paciente y simple como un niño. Amábase todos y principalmente los muchachos, porque les contaba cuentos del duende en la floresta y del maligno espíritu que viene por la noche á bañar los caballos, y de la blanca *Létiche*, el fantasma de un niño que murió sin bautismo, y fué condenado á rondar invisible los cuartos de los niños; y cómo en la noche de Navidad los bueyes conversaban en el establo, y cómo la fiebre

era curada por una araña encerrada en una cáscara de nuez; y de las maravillosas virtudes del trébol de cuatro hojas y de las herraduras de caballo, con otros muchos de los que estaban escritos en la tradición del pueblo.—Entonces se levantó de su silla, cerca del fuego, Basilio el herrero, arrojando al sue'lo las cenizas de su pipa, y extendiendo la mano derecha, "Padre Leblanc", exclamó, "tú has oído las conversaciones en el pueblo, y quizá puedas contarnos algunas noticias de estos buques y de su mensaje". Entonces el notario público con modesto porte contestó:—"Compadre, bastante he oído, en verdad, pero no sé más ni estoy mejor enterado que los otros de cuál sea su mensaje. Y no soy de aquellos que imaginan que alguna mala intención los trae aquí; estamos en paz, ¿por qué nos habrían de molestar?"—"Nombre de Dios!" exclamó el vivo y algún tanto irascible herrero; "debemos en todas las cosas mirar el cómo, el por qué y el motivo? Diarias injusticias se hacen, y el poder es la razón del más fuerte!"—Pero, sin hacer caso de su entusiasmo, continuó el notario público.—"El hombre es injusto, pero Dios es justo y finalmente triunfa la justicia; y bien recuerdo una historia que muchas veces me consolaba cuando estaba preso en el antiguo fuerte de Port Royal". Este era el cuento favorito del viejo, y le gustaba repetirlo cuando los camaradas se quejaban de alguna injusticia que se les había hecho.—"Una vez en una ciudad antigua, cuyo nombre no recuerdo ya, había en la plaza pública, coronando una columna, una estatua en bronce de la Justicia, sosteniendo las balanzas en la mano izquierda y una espada en la derecha, como emblema de que la justicia presidía en las leyes de la tierra. y en los corazones y casas del pueblo.—Muchas veces los pájaros habían construido sus nidos en los platos de la balanza sin tenerle miedo á la espada que brillaba al resplandor del sol, encima de ellos. Pero en el curso del tiempo las leyes de la tierra se corrompieron; la fuerza ocupó el lugar del derecho, los débiles fueron oprimidos y los fuertes mandaban con vara de hierro. Sucedió entonces que en el palacio de un noble se perdiese un collar de perlas, y antes de mucho tiempo recayó la sospe-

cha en una muchacha huérfana que vivía en la casa en calidad de criada.—Después de la forma del juicio, condenada á morir en el cadalso, puso humildemente su causa á los pies de la estatua de la Justicia. Cuando su espíritu inocente subía á su Padre celestial, he aquí que se levantó un aroma sobre la ciudad, y habiendo sido herida por un rayo la estatua de bronce, cayeron sobre el pavimento los resonantes platos de la balanza que tenía en la mano izquierda, y en el hueco de uno de ellos se encontró el nido de una urraca, en cuyos muros de tierra estaba entretejido el collar de perlas." Silencioso, pero no convencido quedó el herrero cuando la historia hubo terminado, como hombre que quisiera poder hablar, y que no encuentra palabras; todos sus pensamientos se congelaron en las líneas de su cara, como en el invierno los vapores se hielan en fantásticas figuras sobre los vidrios de la ventana.

Entonces Evangelina puso la lámpara encendida sobre la mesa, y llenó hasta rebosar el jarro de peltre, de cerveza negra preparada en la casa, que tenía fama por su fortaleza en el pueblo de Grand Pré; mientras el notario sacó de su bolsa sus papeles y tintero, y escribió con mano firme la fecha y la edad de las partes, expresando la dote de la novia en rebaños de carneros y en ganado. Hecho todo en orden y en debida forma, puso al margen el gran sello de la ley como un sol. En seguida el colono sacó de su bolsa de cuero y arrojó en la mesa tres veces la gratificación del anciano en sólidas piezas de plata; y el notario levantándose y bendiciendo á la novia y al novio, alzó el jarro de cerveza y bebió á su felicidad. Limpiando la espuma de sus labios hizo una solemne reverencia y se marchó, mientras los otros silenciosos estaban sentados y meditaban cerca del fuego; hasta que Evangelina trajo del extremo retirado el juego de ajedrez.

Pronto comenzó la partida. En amistosa contienda los viejos refían á cada jugada dichosa, ó desgraciada manobra; refían cuando era coronado un peón ó cuando hacían una brecha en la hilera del rey. Mientras tanto, aparte, en la oscura media luz del hueco de una ventana, estaban sentados los amantes y cuchicheaban entre sí, contemplando la

luna que se levantaba sobre el pálido mar, y las plateadas nieblas de las praderas. Silenciosamente una por una, en los campos infinitos del cielo, florecían las amables estrellas, los *no me olvides* de los ángeles

Así se pasó la tarde. Presto la campana de la torre dio la hora de las nueve, el toque de queda, é inmediatamente se levantaron los huéspedes y partieron; y el silencio reinó en la casa. Muchas palabras de adiós y expresivas buenas noches en el dintel de la puerta dilataron largo tiempo el corazón de Evangelina y lo llenaron de alegría. En seguida fueron cuidadosamente cubiertos los rescoldos que ardían en el hogar de piedra, y en los escalones de encima resonaron las pisadas del colono. Pronto con paso callado siguió el pie de Evangelina. Arriba de la escalera se movía un luminoso espacio en la oscuridad, iluminado ménos por la lámpara que por el brillante rostro de la doncella.— En silencio pasó la sala y entró por la puerta de su cámara. Sencillo era ese cuarto, con sus cortinas blancas y su guarda ropa amplio y alto, en cuyos espacios estantes estaban cuidadosamente dobladas las telas de lino y de lana, tejidas por la mano de Evangelina. Este era el precioso dote que ella llevaría á su marido en el casamiento, mejor que rebaños y hatos, porque eran pruebas de su habilidad como mujer de casa.— Pronto apagó su lámpara porque la suave y radiante luz de la luna brillaba á través de las ventanas, é iluminaba el cuarto, y hasta el corazón de la muchacha se agitaba y obedecía su poder como las trémulas mareas del océano. Ah! cuán hermosa estaba, excesivamente hermosa y digna de verse, con sus desnudos pies, blancos como la nieve, en el brillante suelo de su cuartol. A poco se imaginaba que abajo, entre los árboles del huerto la esperaba su amante contemplando el brillo de su lámpara y su sombra. Aunque sus pensamientos estaban fijos en él, á veces una sensación de tristeza pasaba sobre su alma, como la flotante sombra de las nubes en la luz de la luna se agitaba á través del pavimento y oscurecía el cuarto un instante. Y asomándose á la ventana vió la luna salir majestuosamente de los pliegues de una nube, y un estrella que seguía sus pasos, como cuando el joven

Ismael vagaba con Agar fuera de la tienda de Abrahám!

IV

En la mañana siguiente se levantó el sol radiante en el pueblo de *Grand Pré*. Agradablemente brillaba en el blando y suave aire el Dique de Minas, en donde aparecían las movibles siluetas de los barcos anclados. La vida había despertado en el pueblo, y el clamoroso trabajo tocaba con sus cien manos las doradas puertas de la mañana. Ya de los contornos del país, de las fincas y vecinas aldeas venían con sus vestidos de fiesta los contentos paisanos de Acadia. Muchos alegres buenos días y sonoras carcajadas de la gente joven hacían el aire más y más brillante, cuando de las numerosas praderas, donde no podía verse ningún camino sino el rastro de las ruedas en la verde superficie, aparecían grupos uno después de otro, y se juntaban ó pasaban por el camino alto. Mucho antes de medio día todos los sonidos de trabajo se silenciaron en el pueblo. La gente se amontonó en las calles; y grupos ruidosos en las puertas de las casas se sentaban á la luz del sol, y se regocijaban y cuchicheaban entre sí. Cada casa era una posada en donde todos eran bien recibidos y agasajados, porque en este sencillo pueblo, donde todos vivían como hermanos, todas las cosas eran comunes y lo que tenía cada cual era de los demás. Pero bajo el techo de Benedicto la hospitalidad parecía más abundante; porque Evangelina estaba entre los huéspedes de su padre; radiante de sonrisa su semblante, brotaban de sus hermosos labios palabras de bienvenida y de alegría, bendiciendo la copa que daba.

Bajo el claro cielo, en el oloroso ambiente del huerto, despojado de su dorado fruto, se preparó el banquete de los desposorios. Allí, á la sombra del pórtico estaban sentados el cura y el notario; allí se sentó también el buen Benedicto y Basilio el forzado herrero.— No muy retirado de ellos, junto á la prensa de cidra y las colmenas estaba colocado Miguel, el violinista, con lo más alegre de los corazones y de los chalecos. La sombra y la luz de las hojas jugaban alternativamente con su cabello blanco como la nieve, al ondear

en el viento; y la risueña cara del violonista resplandecía como una ascua viva, cuando se soplan las cenizas del rescolido. Alegrementemente cantaba el viejo al vibrante són de su violín: "*Tous les Bourgeois de Chartres y Le Carillon de Dunkerque*" y también golpeaba con sus zapatos de madera al compás de la música. Alegrementemente, alegrementemente giraban las ruedas de vertiginosas danzas bajo los árboles del huerto y en el camino de las praderas; la gente vieja junto con la joven, y los niños mezclados con ellos. La más hermosa de todas las muchachas era Evangelina, hija de Benedicto! El más apuesto de todos los jóvenes era Gabriel, hijo del herrero!

Así pasó la mañana. Y ¡ay!, con un fuerte toque de llamada, sonó la campana desde su torre y el tambor en las praderas. La iglesia se llenó enteramente de hombres. Afuera, en el atrio aguardaban las mujeres. Estaban cerca de las sepulturas y colgaban en las lápidas guirnalda de hojas de otoño y siempre-vivas frescas, de la floresta.—Entonces vino la guardia de los barcos, y marchando soberbia por enmedio de ellas, entró en el portal sagrado. Con duro y disonante estridor retumbó el sonido de sus tambores de bronce en el techo y puertas y ventanas. Hizo eso un solo momento, con lentitud se cerró la pesada puerta, y en silencio esperó la multitud la voluntad de los soldados. Entonces se levantó su comandante y habló desde las gradas del altar, teniendo levantado en sus manos el real despacho con sus sellos. "Os habeis reunido este día, dijo, por orden de su majestad. El ha sido elemento y benigno; pero ¿cómo habeis correspondido vosotros á su benignidad? que lo digan vuestros propios corazones!. Penosa á mi natural carácter es la comisión que debo desempeñar, y que conozco os será muy dolorosa.—Pero yo debo acatar, obedecer y cumplir la voluntad de nuestro monarca; á saber: que todas vuestras tierras, habitaciones y ganados de todas clases sean confiscadas para la corona; y que vosotros mismos seais trasportados de esta provincia á otras tierras. Dios os conceda el poder establecer allí para siempre como súbditos fieles, un pueblo feliz y pacífico. Por ahora os declaro prisioneros; porque tal es el beneplácito de su majestad!"

Como, cuando está el aire sereno en el caluroso solsticio de verano, derrepente se condensa una tempestad, y el golpe destructor de los granizos echa abajo en el campo el grano del labrador y hace pedazos sus ventanas, ocultando el sol y esparciendo en la tierra la paja del techo de las casas, y huyen maltratándose los rebaños, y tratan de romper sus cercas; así cayeron las palabras del orador sobre el corazón del pueblo. Un momento estuvieron silenciosos, en muda admiración, y después se levantó clamoroso y siempre clamoroso un lamento de pesar y de cólera, y movidos por un furioso impulso se lanzaron hácia la puerta. Vana fue la esperanza de escape; y gritos y fieras imprecaciones resonaron en la casa de oración; por sobre las cabezas de los otros se levantó con los brazos alzados, la figura de Basilio el herrero, semejante á la berlinga que agitan las olas del tempestuoso mar. Su cara estaba encendida y descompuesta por la pasión; y con acento salvaje exclamó: "Abajo los tiranos de Loglaterra! nosotros nunca les hemos jurado obediencia! muerte á estos soldados extranjeros que se apoderan de nuestras casas y de nuestras heredades!" De buena gana hubiera dicho más; pero la mano cruel de un soldado le abofeteó en la boca, y le arrojó con violencia en el pavimento.

En medio de la disputa y del tumulto de la irritada contienda, he aquí que se abrió la puerta del presbiterio, entró el Padre Feliciano con serio semblante, y subió las gradas del altar. Levantando su sagrada mano, con un gesto puso en silencio todo aquel clamoroso tropel de gente; y habló á su pueblo. Profundo y solemne fue su tono; mesurados y tristes, sus acentos; como cuando después del toque de alarma suena distintamente el reloj.—"¿Qué es lo que estais haciendo, hijos míos? ¿Qué locura se ha apoderado de vosotros? Cuarenta años de mi vida he trabajado entre vosotros, y os he enseñado no sólo con la palabra sino en realidad á amaros unos á otros! Es este el fruto de mis fatigas, de mis vigiliias, oraciones y sacrificios? Tan pronto habeis olvidado las lecciones de amor y de perdón! Esta es la casa del Príncipe de la Paz, y quereis profanarla así con hechos violentos y con los corazones rebosando de odio? Ay! don-

de el Cristo crucificado os está contemplando desde su cruz! Ved ten aquellos ojos llenos de tristeza cuánta mausedumbre y santa compasión! Oíd! cómo aquellos labios aun repiten la plegaria, "Oh Padre, perdónalos!"

Repitamos nosotros aquella oración en la hora en que nos asalta el perverso; repitámosla y digamos: "Oh Padre, perdónalos!"

Pocas fueron sus palabras de reprensión, pero penetraron profundamente en los corazones de su pueblo, y suspiros de arrepentimiento sucedieron á la apasionada erupción, mientras repetían su plegaria, diciendo: "Oh Padre, perdónalos!"

En seguida vino el servicio de la tarde. Brillaban los cirios en el altar.—Fervorosa y profunda era la voz del sacerdote, y el pueblo respondía, no sólo con sus labios, sino con los corazones; puestos de rodillas cantaban el *ave María*, y sus almas en transportes de devoción, se levantaban en el ardor de la plegaria, como Elías subiendo al cielo.

Mientras tanto, los rumores de la desgracia se habían esparcido en el pueblo, y por todos lados erraban llorando de casa en casa las mujeres y los niños.—En la puerta de la casa de su padre estuvo largo tiempo Evangelina, defendiendo con la mano derecha sus ojos de los oblicuos rayos del sol, que al descender alumbraba la calle del pueblo con misterioso esplendor, doraba la paja del techo de las casas de los paisanos, y esmaltaba sus ventanas. Adentro se había extendido sobre la mesa el mantel, blanco como la nieve, allí estaba el pan de trigo y la fragante miel de flores silvestres; allí estaba el jarro de cerveza, y el queso fresco traído de la lechería; y en la cabecera de la mesa la gran silla de brazos del colono. Así aguardaba Evangelina en la puerta de su padre, cuando el sol al caer tendía las largas sombras de los árboles sobre las extensas y perfumadas praderas. Ah! en el interior de su espíritu había caído una sombra más profunda, y de los campos de su alma subía una fragancia celestial.—Caridad, dulzura, amor, esperanza, perdón y paciencia!—Entonces olvidándose enteramente de sí misma, anduvo por el pueblo consolando con miradas y palabras los entristecidos co-

razones de las mujeres que marchaban por los sombríos campos, llamadas por los cuidados de sus casas y los fatigados pies de sus niños. Abajo se hundía el grande y rojo sol, y con dorados y brillantes vapores velaba la luz de su rostro como el Profeta al bajar del Sinaí. Sobre el pueblo sonó suavemente la campana del Angelus.

Poseída de tristeza Evangelina se dirigió lentamente á la iglesia. Todo estaba en silencio adentro; y en vano estuvo ella en la puerta y en las ventanas escuchando y mirando, hasta que sobrecogida de emoción, "¡Gabriel!" gritó fuertemente con trémula voz; pero ninguna respuesta vino de los sepulcros de los muertos, ni del más triste sepulcro de los vivos. Por último volvió lentamente á la vacía casa de su padre. El fuego ardía en el hogar, la comida intacta sobre la mesa, vacíos y lóbregos estaban los cuartos, rondados por fantasmás de terror. Sus pasos resonaron tristemente en los escalones y en el suelo de su cuarto. En el silencio de la noche oyó la desconsolada lluvia caer con fuerza en las marchitas hojas del sicomoro, junto á la ventana. El relámpago brillaba con luz vivísima; y la voz del retumbante trueno le decía que Dios estaba en el cielo y gobernaba el mundo que había creado! Entonces recordó el caso que había oído de la justicia del cielo; se consoló su turbada alma, y dormitó pacíficamente hasta la mañana.

V

Cuatro veces se levantó y cayó el sol; y en el quinto día alegremente llamó el gallo á las doncellas de la casa. Pronto sobre los amarillos campos, en silenciosa y triste procesión venían de las vecinas aldeas y casas de campo las mujeres de Acadia, llevando en pesados carros sus ajuares á la costa del mar, deteniéndose, y mirando hácia atrás para contemplar una vez más sus habitaciones antes de perderlas de vista por la vuelta del camino y por el bosque.—Cerca y á su lado corrían los niños y excitaban á los bueyes, apretando en sus manecitas algunos pedazos de juguetes.

Así se precipitaban hacia la boca de Gaspereau; y allí en la playa del mar

yacían apilados en confusión los utensilios de casa de los paisanos. Todo el largo día trabajaron los botes entre la costa y los buques; todo el largo día bajaron los carros cargados desde el pueblo. Por último después de medio día, cuando el sol estaba cerca del ocaso, vino resonando por los campos el toque de los tambores desde la plaza de la iglesia. Amontonáronse allí en tropel las mujeres y los niños. Derrepente se abrieron las puertas de la iglesia, y salió adelante la guardia, y marchando en triste procesión seguían como prisioneros, pero pacientes, los habitantes de Acadia. Semejantes á los peregrinos, que lejos de sus hogares y de su país, cantan al caminar y cautando olvidan el cansancio y molestia del camino, así los paisanos de Acadia con cánticos en sus labios bajaron de la iglesia á la costa, entre sus mujeres y sus hijos.— Adelante venían los jóvenes varones, y levantando juntos la voz, entonaron con trémulo acento un cántico de las misiones católicas:—“Sagrado corazón del Salvador; Oh fuente inextinguible! Llena nuestros corazones este día de fuerza, de sumisión y de paciencia!”— Entonces los ancianos que venían atrás y las mujeres que estaban á un lado del camino se unieron en el sagrado salmo; y los pájaros que brillaban al resplandor del sol y por encima de ellos, mezclaron sus notas, como voces de espíritus lejanos.

A medio camino de la costa Evangelina esperaba en silencio, no sobrecojida de pesar, sino fuerte en la hora de la aflicción. Tranquila y triste esperó hasta que la procesión se acercó á ella, y contempló el rostro de Gabriel pálido de emoción. Sus ojos se llenaron de lágrimas entonces, y corriendo ansiosamente á juntarse con él, estrechó sus manos, puso la cabeza en su hombro y le dijo al oído:—“Gabriel, mi encanto y alegría! si nosotros nos amamos mutuamente, nada en verdad puede dañarnos, cualesquiera que sean las desgracias que acontezcan!” Sonriendo dijo estas palabras; luego se detuvo repentinamente porque vió venir á su padre con lentitud. ¡Ay! cuán cambiado estaba su aspecto! Había perdido el color de sus mejillas y el fuego de sus ojos, y sus pasos parecían agobiados con el peso de su oprimido corazón

dentro del pecho. Pero con una sonrisa y un suspiro, rodeando su cuello y abrazándolo, le dijo palabras de ternura ya que expresiones de consuelo no aprovechaban. Así marchó aquella triste procesión hasta la boca de Gaspe-reau.

Allí prevalecieron el desorden, el tumulto y la conmoción al embarcarse.— Con empeño trabajaron los cargados botes; y en la confusión fueron separadas las mujeres de sus maridos, y las madres demasiado tarde veían á sus hijos que habían quedado en la playa, tendiendo sus brazos con desesperados gritos de súplica. Así en distintos buques fueron llevados Basilio y Gabriel, mientras en horrenda angustia quedaron en la costa Evangelina y su padre. No estaba hecha la mitad del trabajo cuando cayó el sol, y vino el crepúsculo á oscurecerlo y entristecerlo todo en derredor. El océano en su refugio huyó de prisa de la costa, y dejó la línea de la playa cubierta de despojos de la marea con calcinadas piedras y resbaladizas algas. Más hacia atrás, en medio de los cachivaches y vagones, como en una llanura de yeso, ó en un campo después de la batalla, cortado todo escape por el mar y por los centinelas que los rodeaban, yacían acampados para pasar la noche los míseros colonos de Acadia, despojados de sus casas. El bramador océano se retiraba tras de sus más inferiores cuevas, arras-trando hácia abajo de la playa los rechinantes guijarros, y dejando tierra adentro y lejos sobre la costa los encaillados botes de los marineros. Entonces al bajar la noche, los rebaños volvieron de sus pastorías; el húmedo y silencioso aire estaba impregnado con el olor de la leche de sus ubres; ellos esperaron largo tiempo, mujiendo en los bien conocidos cercos del patio de las fincas. Esperaban y buscaban en vano la voz y la mano de la lechera.— El silencio reinaba en las calles, el Angelus no sonó en la iglesia, el humo no se levantó sobre los techos, ni brillaron luces en las ventanas.

Pero mientras tanto en la costa se habían encendido hogueras, formadas de montones de madera arrojada en la arena por los naufragios en las tempestades. Juntáronse al rededor de ellas formas de tristes y apesadumbradas.

dos semblantes; oyéronse voces de mujeres y de hombres y gritos de niños.— Progresivamente de hoguera en hoguera, como de casa en casa en su Parroquia, vagaba el fiel sacerdote, consolando, bendiciendo y animando semejante al náufrago Pablo en la desolada costa de Mileto. Así se acercó al lugar en que estaba Evangelina con su padre, y á la vacilante luz contempló la faz del anciano, hueraña, desencajada y pálida, y sin pensamiento ni emoción alguna, como la carátula de un reloj, del cual se han quitado las manecillas. En vano se esforzaba Evangelina por alegrarlo con palabras y caricias, en vano le ofrecía alimento; pues él no se movía, no atendía, no hablaba, sino que con una mirada vaga contemplaba con fijeza la fluctuante luz del fuego. “*Benedicite*” murmuró el sacerdote con tono de compasión. Más hubiera dicho de buena gana, pero su corazón rebosaba y sus acentos tartamudearon y se detuvieron como los pies de un niño en el umbral; enmudeció por la escena que veía y la terrible presencia del pesar. Por eso en silencio puso la mano en la cabeza de la joven, levantando sus tristes ojos á las calladas estrellas, que encima de ellos se movían siguiendo su carrera, sin ser perturbadas por las injusticias y tristezas de los mortales. Luego se sentó al lado de ella y juntos lloraron en silencio.

Derrepente se levantó del Sur una luz, como cuando en otoño la luna de color de roja sangre sube por las cristalinias paredes del cielo, y desde el horizonte extiende como Titán sus cien manos sobre la montaña y la llanura, y se apodera de las rocas y de los ríos, amontonando las inmensas sombras. Más viva y siempre más viva brilló aquella luz sobre los techos del pueblo, resplandeció en el cielo y en el mar, y en los barcos que estaban en la bahía. Columnas de reluciente humo y lenguas de llamas fueron impelidas á través de sus rediles y habitaciones, como las temblorosas manos de un mártir. Luego, como el viento agarraba las ascuas inflamadas y la paja ardiendo, y levantándolas en alto las arrojaba á lo lejos por el aire, á un tiempo de cien cumbres se levantó espeso humo mezclada con ráfagas de fuego.

Estas cosas vió la desventurada mul-

titud desde la costa y en los barcos. De prouto quedaron sin habla, luego, en su angustia gritaron fuertemente: “ya no veremos nuestras casas en el pueblo de *Grand Pré!*” Derrepente comenzaron los gallos á cantar en alta voz, en los corrales de las fincas, creyendo que había llegado el día; y luego el mugido del ganado vino en la brisa de la noche, interrumpido por el ladrar de los perros. En seguida se levantó un sonido de terror; así como en las praderas occidentales ó en las florestas por donde corre el Nebrasca se sobresaltan los dormidos campamentos lejanos cuando los caballos salvajes asustados se arrebatan corriendo con la velocidad del viento, ó los ruidosos rebaños de búfalos bajan á arrojarse en el río, así fue el ruido que se oyó aquella noche cuando los rebaños y los caballos rompieron sus cercados y empalizadas y se precipitaron furiosos sobre las praderas.

Sobrecogidos con tal espectáculo, pero sin habla, el sacerdote y la joven veían la escena de terror que se pintaba y extendía delante de ellos.... Y cuando se volvieron por último á hablar á su silencioso compañero, ¡ay! había caído de su asiento y tendido sobre la costa yacía su cuerpo exánime, puesto que su alma había partido. El cura levantó lentamente su inanimada cabeza, y la joven cayendo de rodillas al lado de su padre, lloraba á gritos en su terror. Luego se desvaneció en un desmayo, cayendo su cabeza sobre el pecho de su padre. Durante la larga noche permaneció en profundo olvidador letargo; y cuando volvió á sus sentidos, una multitud de gente la rodeaba. Vió semblantes de amigos que la estaban contemplando, pálidos, con ojos melancólicos y miradas de sincera compasión. La llama del incendiado pueblo iluminaba aún el paisaje, enrojecía el cielo encima de su cabeza y reflejaba en los semblantes á su alrededor, pareciendo á sus sentidos extraviados como el día del juicio. Entonces oyó una voz familiar que decía al pueblo:—“Démole sepultura aquí, cerca del mar. Cuando un tiempo más feliz nos traiga otra vez á nuestras casas, de la desconocida tierra de la expatriación, entonces sus sagrados restos podrán ser piadosamente sepultados en el cementerio de la iglesia.”

Tales fueron las palabras del párroco; y allí, de prisa, cerca del mar, con la llama del incendiado pueblo por antorchas funerales, pero sin campana y sin libro, enterraron al colono de *Grand Pré*. Y cuando la voz del párroco rezaba el oficio fúnebre, ¡ay! con melancólico sonido, respondió solemnemente el mar, como la voz de una inmensa congregación, mezclando sus rugidos con los cantos lígubres.

Era el reflujo de las mareas, que lejos del desierto del océano, con la alborada del día vino levantándose y atropellándose hacia la tierra. Entonces volvió á comenzar de nuevo el tumulto y el estruendo del embarque; y con el descenso de la marea los buques navegaron hacia afuera del puerto, dejando tras ellos el cadáver en la costa y el pueblo convertido en ruinas.

PARTE SEGUNDA.

I

Muchos y fatigosos años habían trascurrido desde el incendio de *Grand Pré*, desde que, al bajar la marea zarparon los cargados bajeles, llevándose un pueblo con todos sus bienes muebles al destierro, destierro sin término y sin ejemplo en la historia. Lejos, desunidos y en apartadas costas desembarcaron los Acadianos; fueron esparcidos como copos de nieve cuando el viento del Nordeste azota oblicuamente al través de las nieblas que oscurecen los Bancos de Terranova.

Sin amigos, sin casas, sin esperanza vagaban de ciudad en ciudad, desde los fríos lagos del Norte, á las calurosas sabanas del Sur,—desde las brumosas costas del mar, á las tierras donde el Padre de las aguas agarra las colinas con sus manos y las arroja sobre el Océano, en cuyas profundas arenas sepulta los esparcidos huesos del *Mammoth*. Buscaban amigos y casas, pero muchos de ellos, desesperados, descorazonados, ya no pedían á la tierra un amigo ni un hogar, sino solamente una sepultura. Su historia está escrita sobre tablas de piedra en los cementerios.

Largo tiempo se vió entre ellos una joven que esperaba y vagaba; de espíritu humilde y pacífico, que todo lo sufría con paciencia. Era tan hermosa

como joven; pero ¡ay! ante ella se extendía el desierto de la vida, terrible y silencioso, con sus sendas marcadas por sepulturas de los que se habían entristecido y sufrido antes que ella grandes pasiones, ya extinguidas y grandes esperanzas, muertas y abandonadas; así como el camino del emigrante en el desierto occidental se ve marcado por hogueras de campamentos consumidos y huesos que blanquean á la luz del sol. Alguna cosa había en su vida, incompleta, imperfecta, no acabada; como si una mañana de junio, con su música y resplandor de sol, repentinamente se detuviese en el cielo, y desfallecida, descendiera de nuevo con lentitud hacia el Oriente, donde se había levantado poco antes. Algunas veces permanecía en las ciudades, hasta que excitada por la fiebre interior, aguijoneada por un deseo inquieto, el hambre y la sed del espíritu, quería comenzar otra vez su interminable averiguación; otras veces vagaba por los cementerios y miraba las cruces y lapidas de las tumbas, se sentaba cerca de algunas sepulturas sin nombre, pensaba que tal vez en su seno descansaba ya él para siempre, y apetecía reposar al lado suyo. A veces un rumor, un inarticulado susurro venía con su aérea mano á indicarle por señas que siguiera adelante. A veces hablaba con los que habían visto y conocido á su amado, pero hacía mucho tiempo, en algún lugar lejano ú olvidado. "Gabriel Lajeunesse", decía ella. "Oh, sí, le hemos visto. Estaba con Basilio el herrero, y ambos han ido á las praderas; son traficantes en peletería, famosos cazadores con trampa." "Gabriel Lajeunesse!, decían otros; oh, sí, le hemos visto. Es un viajero de las tierras bajas de Louisiana." Luego añadían; "querida niña! por qué estás triste y le esperas más largo tiempo? No hay otros jóvenes tan guapos como Gabriel? Otros que tienen corazones tan tiernos y sinceros y espíritus tan leales? Ahí está Bautista Leblanc, el hijo del notario, que te ha amado durante un año largo; ven, dale tu mano y sed felices! Eres demasiado hermosa para que te se deje peinar las trenzas de Santa Catalina." Entonces respondía Evangelina con dulzura, pero con tristeza: "No puedo! Adonde va mi corazón le sigue mi mano, y no á otra parte. Porque cuando el

corazón va delante, iluminando el camino, se aclaran muchas cosas, que de otra suerte quedarían ocultas en la oscuridad." Por eso el padre Feliciano, su amigo y confesor, decía sonriendo: "Oh hija! tu Dios habla dentro de tí: No se hable de afección excesiva, la afección nunca fue excesiva; cuando no enriquece el corazón de otro, sus aguas, tornando á sus manantiales como las de la lluvia, los dejarán llenos de consuelo; lo que la fuente arroja hacia adelante, vuelve otra vez á la fuente. Paciencia; desempeña tu labor; cumple tu obra de afección! El dolor y el silencio son fuertes, y el sufrimiento paciente tiene algo de divino. Por lo tanto, llena tu deber de amor hasta que el corazón esté como divinizado, purificado, fortificado y perfecto, y se haga más digno del cielo!" Consolada con las palabras del buen sacerdote, Evangelina trabajaba y esperaba. Con intrépido corazón oía el canto fúnebre del océano; pero con ese sonido se mezclaba una voz que susurraba: "No desesperes!" Así esta pobre alma vagaba en mísera y desconsolada aflicción, desangrándose sus descalzados pies entre los abrojos y espinas de la existencia.

Pueda yo seguir, oh Musa!, sus errabundos pasos; no por todos los senderos extraviados ni en cada uno de los inconstantes años de su vida; sino como sigue el viajero el curso de un arroyo á través del valle; lejos de su margen á veces, y viendo el brillo del agua aquí y allá, en algún espacio abierto y solamente á intervalos, luego acercándose más á sus orillas, aunque tal vez no lo vea, puede oír su continuo murmullo por entre las selváticas sombras que lo esconden; feliz por último, si encuentra el sitio en donde sale.

II

Era el mes de mayo. Lejos, abajo del *Río Hermoso*, pasada la costa del Ohio y la boca del Wabash, en la rápida corriente del ancho y rápido Misisipi, flotaba un pesado bote, conducido por remeros Acadianos. Era una banda de desterrados; desde el desastre de su nación fueron esparcidos en la costa, y ahora van navegando juntos en una balsa, unidos por los vínculos de una común creencia y de la misma desgracia; hombres, mujeres y niños que, guia-

dos por la esperanza y los decires, buscaban hogar, y relaciones de familia entre los colonos algo acomodados en la costa de Acadia y en las praderas de la hermosa *Opelousas*. Con ellos venía Evangelina y su director el padre Feliciano. Avanzando sobre hundidas arenas, á través de selváticos y sombríos bosques, día por día se deslizaban en el turbulento río; por la noche acampaban en sus orillas cerca de encendidas hogueras; ahora por entre impetuosas cascadas, entre islas verdes donde los algodonales balanceaban como plumeros sus umbrosas crestas, eran arrastrados por la corriente, luego entraban en anchos lagos donde las barras de arena plateada yacían en el fondo, y á lo largo de las arrastradoras olas de su margen; grandes bandadas de pelicanos de brillantes plumas blancas como la nieve cruzaban el río. El paisaje se extendía llano á lo largo de la costa, sombreado por árboles de la China; en medio de exuberantes jardines estaban las casas de los plantadores, con cabañas para negros, y palemares.

Fueron acercándose á la región en que reina una perpetua primavera, donde á través de la "Costa de Oro", y entre alamedas de naranjos y limoneros, formando una majestuosa curva se arrastra el río hacia el Este.

También ellos se apartaron de su curso, y entrando en la bahía de Plaquemina, pronto se perdieron en un laberinto de perezosas y descarriadas aguas, que como una red de acero, se extendía en varias direcciones. Sobre sus cabezas las cimbradoras y tenebrosas ramas de los cipreses, enlazadas en sombrío arco y arrastrando musgos por el aire, flameaban como las banderas que cuelgan de los muros en las antiguas catedrales. El silencio se parecía al de la muerte, jamás interrumpido, salvo cuando las garzas, á la caída del sol, volvían á sus nidos formados en los limoneros, ó cuando el buho saludaba á la luna con careajadas de demonio. La luz de la luna riellando y brillando suavemente sobre el agua, reflejaba en las columnas de cipreses y limoneros que sostenían los arcos, bajo cuyas rotas bóvedas caía, como por entre las hendeduras de una ruina. Fantásticas, confusas y extrañas aparecían todas las cosas al reflejo de ellos; y producían en sus espiri-

tus un sentimiento de admiración y de tristeza,—extraños pronósticos de desgracias invisibles que no podían ser imaginadas. Como al choque del casco de un caballo en el césped de las praderas, aun desde lejos, se cierran las hojas de la delicada sensitiva, que se encoje, así cuando el destino amaga con tristes presagios de un infortunio, se encoje y se cierra el corazón antes de que el golpe de la suerte le haya herido. Pero el corazón de Evangelina estaba sostenido por una visión que flotaba débilmente ante sus ojos, y le hacía señas á través de la luz de la luna. Era el pensamiento de su cerebro que tomaba la forma de un fantasma. Por entre aquellas umbrías arcadas había errado Gabriel delante de ella, y cada golpe de remo le traía más y más cerca.

De su asiento en la proa del bote se levantó uno de los remadores, y en señal de aviso, si acaso otros navegaban como ellos en aquellas tristes y oscuras corrientes, tocó su corneta de caza. Mientras, á través de las oscuras columnatas y hojosas galerías pasaba el sonido, rompiendo el sello del silencio y dando lenguas á la floresta, continuaban moviéndose silenciosas las banderolas de musgo en el momento en que sonaba la música. Multitud de ecos despertaron y murieron á lo lejos, sobre la superficie del agua y bajo las reverberantes ramas; pero ninguna voz contestó; ninguna respuesta vino de la oscuridad; y cuando los ecos habían cesado, el silencio produjo una sensación de pena. Entonces se adormeció Evangelina; pero los bogas remaban en medio de la noche, á veces en silencio, luego cantando familiares barcarolas canadienses, como las que cantaban en otro tiempo en sus ríos de Acadia, mientras á través de la noche se oyeron misteriosos sonidos del desierto, muy lejanos, confusos, como de onda ó viento en la floresta, mezclados con el grito de la grulla y el bramido del horrendo coodrilo.

Así, antes del medio día siguiente salieron de las sombras, y ante ellos se extendían á la luz del dorado sol, los lagos de Atchafalaya. Miríadas de lirios de agua se mecían á las ligeras ondulaciones producidas por los remos al pasar, y el loto, resplandeciente de belleza, alzaba su corona de oro sobre las

cabezas de los remeros. Perezoso estaba el aire con el odorífero aliento de las flores de magnolia y con el calor del medio día; y numerosas islas selváticas, cubiertas de fragantes, espesos y floridos setos de rosas, cerca de cuyas costas pasaron, los invitaban á dormir. Pronto sus cansados remos se detuvieron en la más pintoresca de ellas. Bajo las ramas de los sauces de *Wachita*, que crecían cerca de su margen, amarraron su bote fuertemente, y esparcidos por allí sobre el verde césped, fatigados por el trabajo de la noche los rendidos viajeros se durmieron. Sobre ellos se extendía la vasta y elevada copa de un cedro. Columpiándose en sus grandes brazos el clarín y la parra colgaban sus floridas guirnaldas, como la escala de Jacob, por cuyos movibles peldaños subían y bajaban los ángeles, y en ellas los veloces colibríes volaban de flor en flor. Tal fue la visión que contempló Evangelina delante de sí, cuando dormía. Lleno estaba su corazón de amor y la alborada de un cielo sereno iluminó su alma en sueños con la gloria de las regiones celestiales.

Acercándose más y más un ágil y ligero bote, por entre las innumerables islas se deslizaba sobre el agua, impelido por los vigorosos brazos de cazadores con trampa. Su proa viró hacia el Norte, á la tierra del bisonte y del castor. Al timón se sentaba un joven de aire pensativo y meditabundo. Negros y descuidados rizos sombreaban su frente, y una cierta tristeza, extraña á su edad, estaba visiblemente escrita en su frente. Era Gabriel, que cansado de esperar, infeliz é inquieto, buscaba en los desiertos de Occidente olvido de sí mismo y de su pesar. Suavemente se deslizaban hacia adelante, cerca de la costa de la isla, pero del lado opuesto y detrás de un biombo de palmeras, de tal modo que no vieron el bote que estaba escondido entre los sauces, ni á los que dormían, los cuales tampoco sintieron el choque de los remos. El ángel de Dios no estuvo allí para despertar á la dormida joven! Ellos se deslizaron suavemente, como la sombra de una nube en la pradera. Después que el sonido de sus remos en los toletes donde se apoyaban, había muerto en la distancia, los que dormían despertaron de su raptó mágico, y la joven

dijo suspirando al cariñoso párroco: "Oh, padre Feliciano! algo le dice á mi corazón que Gabriel vaga cerca de mí. Es un sueño loco, una vana y vaga superstición? O ha pasado algún ángel y revelado la verdad á mi espíritu?" Luego, sonrojándose, añadió: "Ay de mi crédula imaginación! para vuestros oídos tales palabras como éstas no tienen significado." Pero el reverendo hombre le contestó, y al contestarle sonreía: "Hija, tus palabras no son vanas, ni carecen de significación para mí. El sentimiento es profundo y silencioso; y la palabra que flota en la superficie es como la boya que agitándose revela en donde está oculta el ancla. Por tanto dá crédito á tu corazón y á lo que el mundo llama ilusiones. Gabriel está ciertamente cerca de tí; porque no lejos, hacia el Sur, en los bancos de *Téche*, están las ciudades de S. Mauro y S. Martín. Allí la prometida esposa que há tiempo anda errante, será devuelta á su prometido esposo; allí el pastor, largo tiempo ausente, recobrará su rebaño y su redil. Hermosa es esa tierra, con sus praderas y florestas de árboles frutales; bajo los pies un jardín de flores, y el azul de los cielos encorvándose encima y descansando su cúpula sobre los muros de la floresta. Los que viven allí la han llamado el Edén de Luisiana!"

Con estas palabras de consuelo, se levantaron y continuaron su jornada. La tarde vino apaciblemente. El sol en el horizonte occidental, semejante á un mago tendía su vara de oro sobre el paisaje; se levantaban vapores brillantes; y cielo, agua y floresta parecían de fuego, y como fundidos y mezclados juntamente. Suspendido entre dos cielos, como una nube con ribetes de plata flotaba el bote con sus goteadores remos sobre el agua inmóvil. El corazón de Evangelina estaba lleno de inexplicable dulzura. Heridas por hechizo mágico las sagradas fuentes del sentimiento resplandecían con la luz del amor, como los cielos y la tierra en torno de ella. Luego, de un cercano bosque, el estornino, el más silvestre de los cantores, balancéandose en una rama de sauce que colgaba por encima del agua, lanzó de su pequeña garganta tales efluvios de delirante música, que todo, el aire, los bosques y las olas parecían escucharlo en silencio. Al principio los

tonos eran quejumbrosos y tristes; luego remontándose á la locura, parecían seguir y guiar la borrachera de frenéticas Bacantes. Pronto se oyeron algunas notas de melancólica, profunda lamentación; hasta que habiendo juntado todos los tonos los arrojó fuera en son de burla, como cuando después de una tempestad, un torbellino de viento entre las copas de los árboles sacude las ramas y cae el agua en cristalina lluvia. Con tal preludio como éste, palpitando de emoción los corazones, entraron lentamente en *Téche*, donde corre al lado del veeo *Opelousas*, y al través del aire perfumado de ámbar, vieron sobre la cresta del bosque una columna de humo que se levantaba de una cercana vivienda; oyeron sonidos de una corneta, y los lejanos mugidos del ganado.

III

Cerca de la orilla del río, sombreada por encinas, de cuyas ramas pendían guirnaldas de musgo de España y de místico muérdago, semejantes á las que los Druidas cortaban con hachuelas de oro en la estación de julio, estaba aislada y silenciosa la casa del guarda de ganado. Un jardín la rodeaba en torno con una cerca de hermosas flores que llenaban el aire de fragancia. La casa era de maderos de ciprés, labrados y cuidadosamente ajustados unos con otros. Ancho y bajo era el techo, y sostenido por delgadas columnas, se enroscaba la rosa enredadera y la parrá en ancha y espaciosa galería, guarida del *guanambí* y de la abeja, extendida alrededor. Á cada extremo de la casa estaban los palomares, entre las flores del jardín, como perpetuo símbolo de amor, escenas de galanteo sin límites, é interminables contiendas de rivales. El silencio reinaba en el lugar. La línea formada por la sombra y la luz del sol corría cerca de la copa de los árboles; pero la casa misma estaba en la sombra, y de lo alto de la chimenea se levantaba una delgada columna azul de humo, que subía y se extendía lentamente en el aire de la tarde. A espaldas de la casa, desde la puerta del jardín seguía un camino por entre las grandes arboledas de encinos, hasta los confines de la pradera ilimitada, entre

cuyo mar de flores iba el sol descendiendo poco á poco. Alumbrado por los últimos rayos de su luz, como barcos cuyas sombrías lonas cuelgan desatadas de las berlingas, en la inmóvil calma de los trópicos, estaba un grupo de árboles con su enmarañado cordaje de vides.

Justamente donde los bosques encontraban el florido oleaje de la pradera, montado sobre su caballo con silla y es tribos á la española, estaba un guarda de ganado, vestido con justillo y polainas de cuero de venado. Ancha y morena era la cara que, bajo el sombrero español, contemplaba la pacífica escena con la orgullosa mirada de señor. Al redor de él había innumerables rebaños de vacas que estaban pastando tranquilamente en las praderas y aspirando la vaporosa frescura que se levantaba del río, y que se extendía sobre la llanura. Empuñando y acercando á su boca lentamente el cuerno que colgaba á su lado y expandiendo con fuerza su ancho y profundo pecho, lanzó un sonido que resonó selvático y suave á lo lejos en medio del silencioso y húmedo aire de la tarde. Repentinamente los largos y blancos cuernos del ganado se levantaron por encima de la hierba, como copos de espuma en las encontradas corrientes del océano. Un momento estuvieron las reses en silenciosa observación; luego, bajando la cabeza se arrojaron sobre la pradera, y toda la masa vino como una nube, una sombra en la distancia.

Entonces volviendo el ganadero á la casa, vió cerca de la puerta del jardín las figuras del padre Feliciano y de la joven que avanzaban á su encuentro. Al punto, apeándose del caballo, lleno de asombro, marchó hacia adelante con los brazos extendidos y con exclamaciones de admiración; cuando ellos vieron su rostro reconocieron á Basilio el herrero. Su saludo fue cordial y condujo de la mano á los huéspedes al jardín.

Allí bajo un rosal, con interminables preguntas y respuestas, desahogaron sus corazones y renovaron sus abrazos de amistad, riendo y llorando alternativamente, y quedándose silenciosos y pensativos. Pensativos porque Gabriel no venía; y ahora negras dudas y recelos embargaron el corazón de la joven; y Basilio, un tanto embarazado, rom-

pió el silencio, y dijo: "Si UU. vinieron por el Atchafaya, cómo no han encontrado el bote de mi Gabriel en la bahía?" A las palabras de Basilio, una sombra pasó por el rostro de Evangelina. Llenáronse de lágrimas sus ojos, y dijo con trémulo acento: "Se ha ido? Gabriel se ha ido?", y ocultando el rostro en el seno del herrero, su abrasado corazón prorrumpió en llanto y en lamentos. Entonces el buen Basilio con voz que demostraba contento, respondió: "Ten buen ánimo, hija mía; hoy fue cuando partió. Muchacho local, me ha dejado solo con mis rebaños y mis caballos. Su espíritu inquieto y sin sosiego, agitado y turbado, no podía soportar más largo tiempo la calma de esta tranquila existencia. Pensando siempre en tí, siempre incierto y triste, siempre silencioso, ó hablando solo de tí y de sus penas, llegó por último á hacerse tan fastidioso á los hombres y á las mujeres, y aun á mí mismo, que al fin reflexioné y le envié á la ciudad de Adaya á negociar mulas con los españoles. De allí seguirá las huellas de los indios hasta las montañas de Ozark, cazando en las florestas para adquirir pieles y cogiendo con trampa castores en las orillas de los ríos. Por tanto, ten buen ánimo; seguiremos al fugitivo amante; no debe de estar lejos, y los hados y las corrientes están en contra suya. Mañana nos pondremos en camino bajo el rosado rósio de la aurora, le seguiremos aceleradamente, y le traeremos á su prisión."

En esto se oyeron alegres voces, y de las orillas del río apareció Miguel el violinista, llevado en brazos de sus camaradas. Vivía bajo el techo de Basilio como un dios en el Olimpo, sin tener otro oficio que el de dar música á los mortales. De lejos fue reconocido por sus guedejas plateadas y su violín. "Viva Miguel!" gritaron. "nuestro bravo músico de Acadia!", llevándolo levantado en triunfal procesión; á inmediatamente el padre Feliciano y Evangelina se adelantaron congratulando afablemente y repetidas veces al viejo, y hablando de lo pasado, mientras Basilio saludaba con alegre semblante á sus viejos compañeros y compadres, riendo fuerte y largamente, y abrazando á madres y á hijas. Mucho se maravillaron de ver la riqueza del herrero, sus vas-

tos dominios, sus rebaños y su patriarcal continente; mucho se maravillaron de oír sus relaciones acerca del suelo y del clima, y de las praderas, cuyos rebaños eran tan numerosos, que podía tener los que quisiera; y cada cual pensó dentro de sí que también podría ir y hacer lo mismo. Luego subieron las gradas, y atravesando la galería refrescada por la brisa, entraron á la sala de la casa, donde la comida, lista, esperaba la vuelta vespertina de Basilio; y descansaron y se festejaron juntos.

La oscuridad descendió repentinamente sobre la alegre fiesta. Afuera estaba todo en silencio, y bañando de plata el paisaje se levantaban hermosas la húmeda luna y miriadas de estrellas; pero adentro relucían aun más brillantes las caras de los amigos, á la luz de la lámpara. Desde su puesto á la cabecera de la mesa el ganadero prodigó su corazón y su vino juntamente en ilimitada profusión. Encendiendo su pipa, que estaba llena de tabaco de Natchitoches, habló así á sus huéspedes que le escuchaban sonrientes: "Bienvenidos una vez más, amigos míos, que largo tiempo habéis carecido de amigos y de hogar, bien venidos, repito, á una casa que es mejor tal vez que la antigua. Aquí ningún aterido invierno congela nuestra sangre ni el agua de los ríos; aquí ninguna piedra de granizo provoca la ira del colono. El arado corre suavemente bajo el suelo, como una quilla en el agua. Todo el año los naranjos están en flor; y la hierba crece más en una noche que en el Canadá durante toda la primavera. Aquí además innumerables rebaños salvajes corren sin dueño en las praderas. Aquí también las tierras pueden ser poseídas por quien las quiera, y los árboles de la floresta con unos pocos hachazos pueden ser cortados y formarse las casas. Y después que éstas estén edificadas y vuestros campos amarilleen con la hierba, ningún Rey Jorge de Inglaterra os echará de vuestras habitaciones, quemando las casas y graneros y robándose vuestras fincas y vuestros ganados." Al decir estas palabras arrojó un fuerte resoplido de las ventanas de su nariz, mientras su robusta y negra mano cayó como un trueno sobre la mesa, tanto que todos los huéspedes se sobrecogieron, y el padre Feliciano,

atemorizado, detuvo repentinamente un pellizco de tabaco á medio camino de sus narices. Pero el bravo Basilio volvió á hablar, y sus palabras fueron risueñas y alegres: "Solo hay que cuidarse de la fiebre, amigos míos, cuidarse de la fiebre!, porque este clima no es frío como el de nuestra Acadia, donde se preserva el que lleva colgada al cuello una araña en una cáscara de nuez!" Luego se oyeron voces en la puerta y sonaron pasos que se acercaban, en las gradas y suelo de la fresca galería.

Eran los criollos vecinos y pequeños plantadores de Acadia, que habían sido invitados todos á la casa de Basilio el ganadero. La reunión de antiguos camaradas y vecinos fue alegre; el amigo estrechaba en sus brazos al amigo; y aquellos que antes eran como extraños, hallándose en el destierro vinieron á ser inmediatamente amigos uno de otro, unidos por el dulce vínculo de la común nacionalidad. Pero en la vecina sala resonó un golpe de música que procedía de las armónicas cuerdas del violín de Miguel, é interrumpió todas las conversaciones. Como niños alegres, olvidándose de todo, se entregaron al loco giro de la vertiginosa danza, como arrebatados y arrastrados por la música; parecía una visión de ojos radiantes y un remolino de voladores vestidos.

Entre tanto, aparte, en la cabecera de la sala, el padre y el ganadero estaban sentados conversando juntos del pasado, del presente y del porvenir; al paso que Evangelina estaba de pie como absorta, porque entre sus antiguos recuerdos se levantaba y oía en medio de la música el ruidoso sonido del mar, y una invencible tristeza embargaba su corazón; y sin que la viesen se salió al jardín. La noche estaba hermosa. Detrás de la negra pared de la floresta, cubriendo de plata su parte superior se levantaba la luna. Sobre el río caía aquí y alí, al través de las ramas, el tembloroso resplandor de su luz, como los dulces pensamientos de amor en un sombrío y enajenado espíritu. Más cerca y en rededor de ella, las variadas flores del jardín difundían sus almas en olores, en són de plegarias y confesiones á la noche, que seguía su camino como un silencioso Cartujo. Más lleno de fragancia que las flores, y co-

mo abrumado bajo las sombras y el rocío de la noche, fluctuaba el corazón de la joven. Parecía que aquella calma y la mágica luz de la luna inundaban su alma de indefinibles deseos, cuando al través de la puerta del jardín y bajo la sombra de las encinas pasó á lo largo del camino hasta el comienzo de la incommensurable pradera. Esta yacía silenciosa, envuelta en su plateada niebla, y las luciérnagas brillaban revoloteando en número infinito. Encima de su cabeza veía las estrellas, pensamientos de Dios en los cielos, brillantes á los ojos del hombre, que ha cesado de maravillarse y de adorarle, salvo cuando un fúlgido cometa se ve en los muros de aquel templo, como si una mano hubiera aparecido y escrito en ellos, "*Uphar-sin*". Y el alma de la joven, solitaria entre las estrellas y las luciérnagas, se admiró y exclamó: "Oh Gabriel, oh amado mío! Estás tan cerca de mí, y yo aún no puedo verte? Estás tan cerca de mí, y no me llega tu voz? Ah! cuántas veces habrán hollado tus pies este camino de la pradera! Ah! cuántas veces habrán visto tus ojos los bosques que hay en mi alrededor! Ah! cuántas veces al volver del trabajo, te habrás recostado bajo de esta encina para descansar y para pensar en mí en tus sueños! Cuándo podrán verte estos ojos, y estrecharte estos brazos? Fuerte, repentina y cercana, la nota de un *Whippoorwill** sonó como una flauta en los bosques, y luego, á través de los vecinos montes cada vez más lejana flotó y se perdió en el silencio. "Paciencia!" susurraban las encinas desde las fatídicas cavernas de la oscuridad: y en la pradera alumbrada por la luz de la luna respondió un suspiro, "mañana!"

Brillante se levantó el sol al día siguiente; y todas las flores del jardín bañaron sus límpidos pies con lágrimas de rocío, y untaron sus cabelleras con el delicioso bálsamo que llevaban en sus vasos de cristal. "Adiós! dijo el padre, de pie en el sombrío umbral de la puerta;" ved de traernos al *Hijo pródigo*, de su ayuno y hambre, y también á la *Virgen imprudente*, que dormía cuando vino el esposo." "Adiós!, contestó sonriendo la joven, y bajó con Basilio á

la orilla del río, en donde estaban listos esperándolos, los remeros con el bote. Comenzando así su jornada con la mañana, el resplandor del sol y la alegría, siguieron apaciblemente la marcha del que había partido antes, arrebatado por el soplo del destino como una hoja muerta en el desierto. Ni aquel día ni el siguiente ni aun el que le sucedió, hallaron rastros de su curso en lago, floresta ó río, ni después de muchos otros días le habían encontrado tampoco, y sólo vagos é inciertos rumores los guiaban á través del salvaje y desolado país; hasta que, cansados y estropeados se apearon en la pequeña posada de la española ciudad de Adaya, supieron por el locuaz dueño de ella, que el día anterior, con caballos, guías y compañeros, Gabriel había dejado la ciudad y tomado el camino de las praderas.

Lejos, hácia el Oeste hay una tierra desierta, en donde las montañas entre perpetuas nieves alzan sus erguidas y luminosas crestas. Abajo, entre las quiebras de profundas simas, donde, como puerta de camino, su garganta ofrece difícil paso á las ruedas del carro del viajero, corren hacia el Oeste el Oregón, el Walleway y el Owyhee. Hácia el Este, con vago curso entre las montañas del Wind-river, á través del valle de Sweet-water, salta precipitado el Nebraska; y al Sur, desde Fontainequi-bout y las sierras españolas, rozando entre arenas y rocas, y barridos por el viento del desierto, innumerables torrentes bajan al océano con incesante ruido, como las grandes cuerdas de un arpa en sonoras y solemnes vibraciones. Esparcidas entre estas corrientes hay admirables y hermosas praderas; llanuras de hierba agitándose siempre como las olas en la sombra y al resplandor del sol, brillan con exuberantes grupos de rosas y purpúreas amorfas. En ellas erraban las manadas de búfalos, de dantas y de corzos; en ellas erraban lobos y rebaños de caballos cerriles; fuegos que secan y abrasan, y vientos que molestan al caminante; en ellas vagan las tribus errantes de los hijos de Ismael, manchando de sangre el desierto; y por sobre sus terribles huellas de

* Especie de halcón nocturno. Chotacabra chillona.

guerra da vueltas y se cierne en sus majestuosas alas el buitre, como el alma implacable de algún caudillo muerto en la batalla, que sube por invisibles gradas y escala los cielos. Aquí y allí se levantan humaredas de los campamentos de estos salvajes merodeadores; aquí y allí se levantan arboledas en las márgenes de los ríos que corren mansamente; y el horrendo y taciturno oso, el anacoreta del desierto, trepa sobre sus negras garras para cavar buscando raíces cerca del arroyo; y por encima de todo está el cielo, el claro y cristalino cielo, como la protectora mano de Dios, abierta sobre ellos.

En esta tierra admirable, en la base de las montañas de Ozark, se había internado Gabriel con los cazadores y tramperos. Día por día con los guías indios la joven y Basilio seguían sus ligeros pasos, y cada día pensaban alcanzarle. Algunas veces vieron o creyeron ver el humo de su campamento levantarse con el aire de la mañana en una llanura distante; pero cuando habían llegado á ese lugar á la caída de la tarde, sólo encontraban rescoldos y cenizas. Y aunque sus corazones estaban tristes á veces, y sus cuerpos fatigados, la esperanza los guiaba todavía; como la mágica Hada Morgana les mostraba sus lagos de luz, que se retiraban y se desvanecían delante de ellos.

Una vez, estando por la tarde sentados cerca del fuego, entró silenciosa á su pequeño campamento una india, cuyo semblante marchitaban profundas huellas de tristeza, y en que se pintaba una resignación tan grande como la tristeza. Era una campesina que volvía á su pueblo, de los lejanos campos de caza de los crueles comanches, donde su marido canadense, corredor de bosques, había sido asesinado.

Conmoviéronse sus corazones con la historia de esta mujer, y habiendo sido acogida amistosa y cariñosamente con palabras de consuelo, se sentó entre ellos y se confortó con carne de búfalo y de venado asada en el rescoldo. Pero cuando se terminó la comida, y Basilio y sus compañeros cansados de los largos días de marcha y de la caza del ciervo y del bisonte, se acostaron en la tierra y se durmieron, y la trémula luz del fuego relampagueaba sobre sus aterradas cabezas y sus formas envuel-

tas en sus mantas, entonces ella se sentó á la puerta de la tienda de Evangelina, y repitió lentamente en voz baja y suave, y con el encanto de su acento indio, toda la historia de su amor, con sus placeres, penas y vicisitudes. Mucho lloró Evangelina con tal narración, al saber que otro corazón desventurado como el suyo, había amado y sufrido decepciones. Moviada en lo profundo de su alma á compasión y piedad por aquella mujer, aun en medio de sus penas, gozaba de que estuviera cerca de ella alguien que había sufrido, y á su vez refirió su amor y sus desastres. La campesina, sentada, la escuchó muda de admiración, y cuando hubo terminado continuó silenciosa; pero al fin, como si un horror misterioso pasara por su mente, habló y refirió la historia de Mowis; Mowis, el esposo de la nieve, que cortejó y contrajo matrimonio con una joven; pero cuando vino la mañana se levantó y salió de la choza, desvaneciéndose y disolviéndose en la luz del sol, hasta que aquella no lo vio más, aunque lo seguía á lo lejos en la floresta. Luego, en aquellos suaves y quedos tonos que parecían cosa de encanto, contó la historia de la hermosa *Lilinau*, cortejada por un fantasma, que al través de los pinos sobre la cabaña de su padre, en el silencio del crepúsculo, suspiraba como el viento de la tarde y susurraba amor á la joven, hasta que ella siguió su verde y ondeante pluma á lo largo de la floresta, y nunca más volvió, ni fue vista otra vez en su pueblo. En silencio y con admiración y extraña sorpresa escuchó Evangelina el suave flujo de sus mágicas palabras; hasta la región que la rodeaba le parecía como país encantado y su atezado rostro el de una hechicera. Con lentitud se levantó la luna sobre la cima de las montañas de Ozark, iluminando la pequeña tienda, hiriendo con misterioso resplandor las sembrías hojas, y abrazando y apoderándose del bosque.

Con delicioso murmullo corría el arroyo, y las ramas tremolando suspiraban en lo alto con susurro que apenas se oía.

El corazón de Evangelina rebosaba de pensamientos de amor; pero lo embargaba un sentimiento secreto y sutil, de pena y de indefinible terror, como la

fría y venenosa serpiente se arrastra hasta el nido de una golondrina. No era temor terrenal. Un aliento de la región de los espíritus parecía faltar en el aire de la noche; y sintió por un momento que, como la joven india, ella también iba persiguiendo un fantasma. Con este pensamiento se durmió, y el temor y el fantasma se desvanecieron.

Por la mañana temprano continuaron la marcha; cuando iban caminando dijo la campesina: "á la vuelta de estas montañas hácia el Occidente vive en su pequeño pueblo el *Ropa negra*, jefe de la misión. Enseña muchas cosas al pueblo, y les habla de María y de Jesús. Al escucharle sus corazones ríen de gozo y lloran de pena." Entonces exclamó Evangelina con súbita y secreta emoción: "Vamos á la misión, porque allí nos esperan buenas noticias!"

Volvieron pues hácia allí sus caballos, y detrás de una curva de las montañas, justamente al caer el sol, oyeron un murmullo de voces, y en una ancha y verde pradera á la orilla del río, vieron las tiendas de los cristianos, las tiendas de la misión de los Jesuitas. Bajo una frondosa encina que había en medio del pueblo estaba arrodillado con sus niños el P. Superior, el *Ropa negra* (que decía la india). Un crucifijo colgado en lo alto del tronco del árbol, y sombreado por racimos de uvas, miraba con agonizantes ojos á la multitud que se arrodillaba delante de El. Esta era su capilla rústica. Por entre los intrincados arcos de su aéreo techo se elevaba el canto de visperas, mezclando sus notas con el suave susurro y con los suspiros de sus ramas. Aproximándose los caminantes, silenciosos y con la cabeza descubierta, se arrodillaron sobre la tierra y tomaron parte en las devociones vespertinas.

Terminado el oficio, y cuando la bendición había descendido de las manos del Sacerdote, como la semilla de las manos del sembrador, el Reverendo Padre se dirigió lentamente hácia los extranjeros, y les dió la bienvenida; y cuando ellos contestaron, al oír los tiernos sonidos de la lengua materna en la floresta, sonrió con expresión benévola, y con palabras de cariño los condujo á su choza.

Allí reposaron sobre esteras y pieles, saciaron su hambre con panes de maíz

y apagaron su sed en la calabaza de agua del predicador. Pronto fue contada su historia; y el Padre dijo con solemnidad:—"No se han levantado y puesto seis soles desde que Gabriel, sentado junto á mí en esa estera, donde ahora reposa esta joven, me contó esta misma triste historia; luego se levantó y continuó su camino!" Suave era la voz del Sacerdote y habló con acento de ternura; pero en el corazón de Evangelina cayeron sus palabras como los copos de nieve que caen en el invierno sobre algún nido solitario que abandonaron los pájaros.

"Lejos, hácia el Norte ha ido", continuó el Padre; "pero en el otoño, cuando haya concluido la caza, volverá otra vez á la misión." Entonces dijo Evangelina con voz apacible y sumisa: "Quisiera permanecer con vos, porque mi alma está triste y afligida". Bien y acertado les pareció esto á todos; y en la mañana temprano, montando Basilio en su caballo mejicano, volvió hácia su casa con sus indios guías y sus compañeros, quedándose Evangelina en la misión.

Lentamente, lentamente, lentamente se sucedieron los días uno á otro. Días y semanas y meses, y los tallos del maíz, que apenas comenzaban á brotar del suelo cuando vino como extranjera, ahora ondulaban sobre ella sus delgadas flechas, intercaladas con hojas, formando claustros para los mendicantes cuervos, y graneros que asaltaban las ardillas. Después en la estación dorada fue desgranado el maíz, y las jóvenes se ruborizaban á cada mazorca de color de sangre, porque les anunciaba un amante; pero se burlaban con donaire, llamándola ladrona en el maizal. Mas ninguna mazorca roja como la sangre le traía su amante á Evangelina. "Paciencia", le decía el Padre, "ten fe y tu plegaria será escuchada! Mira esa planta vigorosa que levanta su cabeza sobre la pradera, mira como sus hojas se vuelven hacia el Norte, tan fieles como el imán; esta es la flor-brújula, que el dedo de Dios ha plantado aquí en la selva despoblada, para que dirija á los viajeros en el inmenso desierto, semejante al mar, sin caminos y sin límites. Así es la fe en el alma del hombre. Las flores de las pasiones, alegres y lozanas, son más brillantes y están más llenas

de fragancia; pero nos engañan, nos extravían, y su olor es mortal. Sólo esta humilde planta puede guiarnos aquí abajo, y después coronarnos de flores de *asfodelo*, humedecidas con rocío de *nepente*.

Y vino el otoño, y pasó, y el invierno; pero Gabriel no vino. Floreció la dulce primavera, y las notas del pitirojo y del pájaro azul resonaron melodiosas en la campiña y en el bosque; y Gabriel no vino tampoco. Mas, en las alas del viento del verano llegó un rumor más suave que el canto del pájaro, y de color y olor de flores. Lejos, hacia el Nordeste, en las florestas de Michigán decían que Gabriel tenía su habitación en las orillas del río Saguinaw. Y con los guías que tornaban, buscando los lagos del San Lorenzo, diciendo un triste adiós, Evangelina se fue de la misión.

Cuando por cansados caminos en largas y peligrosas marchas, había llegado al fin á las profundas florestas del Michigán, encontró la choza del cazador desierta y convertida en ruinas!

Deslizáronse los años largos y tristes, y en diferentes estaciones y en distintos y lejanos lugares fue vista la errante doncella; ya en las *Tiendas de Gracia* de las misiones del apacible Moravia, ya en los ruidosos campamentos y en los campos de batalla del ejército, ahora en las apartadas aldeas, en villas y en populosas ciudades, caminaba como un fantasma, y pasaba sin dejar recuerdos.

Era joven y hermosa cuando, llena de esperanza comenzó sus largas peregrinaciones; marchita estaba y vieja cuando las terminó decepcionada. Cada día, al pasar, robaba algo de su hermosura, dejando en su alma más anchas y profundas huellas de tristeza y de sombra. Comenzaron á aparecer y á extenderse débiles líneas grises sobre su cabeza, origen de otra vida que se abría en su horizonte terrenal, como en el cielo de Oriente las primeras líneas de la mañana.

V

En aquella deliciosa tierra regada por las aguas del Delaware, que guarda entre sombrías selvas el nombre de *Penn.*, el apóstol, á orillas de su hermosa corriente está la ciudad que él fundó.

Allí el aire está todo embalsamado, el melocotón es emblema de la belleza, y las calles repiten como un eco los nombres de los árboles de la floresta, como si se viesan obligadas á aplicar á las *Dríadas* cuyas mansiones inquietaban. Cual nánfrago en el turbulento mar, Evangelina había desembarcado allí, encontrando hogares y patria entre los hijos de *Penn.* Allí había muerto el anciano René Leblanc; y cuando murió no vió á su lado más que uno de sus cien descendientes. Algo á lo menos había en las amigables calles de la ciudad, algo que habló á su corazón y que hacía que no fuese más tiempo extranjera; el *Tú* y el *Tú* de los *Cuákeros* lisonjearon su oído, porque esto le recordaba el pasado, el antiguo país de *Acadia*, donde todos eran iguales, todos hermanos y hermanas. Así, cuando la infructuosa pesquisa y el desgraciado empeño terminaron para no volver á comenzar sobre la tierra, como las hojas á la luz, sin quejarse dirigió hacia arriba sus pensamientos y sus pasos. Como al rodar de la cima de las montañas las húmedas nieblas de la mañana, contemplamos el paisaje á lo lejos y debajo de nosotros, iluminado por el sol con sus brillantes ríos y ciudades y aldeas, así cayeron las nieblas de su mente, y vió el mundo á lo lejos, á sus pies, ya no obscuro, sino todo iluminado por el amor; y el camino tan largo que había recorrido, aparecía llano y hermoso en la distancia. Gabriel no había sido olvidado. Su imagen estaba dentro de su corazón envuelta en la belleza del amor, como lo había visto la última vez, solo que la embellecían más el silencio y la ausencia, semejantes á la muerte. En sus pensamientos por él no entraba el tiempo, porque no había tiempo. Los años no tenían poder sobre él; no había cambiado, sino que se había transfigurado; había llegado á ser para su corazón como el que ha muerto, y no como el que está ausente; paciencia y abnegación de sí misma y caridad para con los otros; esta fue la lección que le había enseñado una vida de prueba y de sufrimiento. Así se difundía su amor, pero como algunas especias olorosas, sin disminuirse ni perderse, aunque llenando el aire con su aroma. No tenía otra esperanza ni la quería en la vida, sino seguir con man

sedumbre y con humilde paso las sagradas huellas de su Salvador. Así vivió muchos años como Hermana de la Merced, frecuentando los solitarios y desgraciados techos en las populosas calles de la ciudad, donde la miseria y la desgracia se ocultan de la luz del sol, donde la enfermedad y el dolor languidecen abandonados en las guardillas. Una y otra noche, cuando el mundo estaba dormido y el sereno repetía en voz alta, en las sombrías calles que la ciudad, estaba tranquila, veía la luz de su cirio en alguna alta y solitaria ventana. Día tras día en la semioscuridad del amanecer, cuando caminaba lentamente por los suburbios el colono germano con flores y frutos para el mercado, encontraba aquel humilde y pálido semblante, que volvía á casa después de sus vigiliás.

En ese tiempo aconteció que hubo una peste en la ciudad, presagiada por terribles señales y principalmente por bandadas de palomas silvestres que oscurecían el sol en su vuelo, sin nada en sus buches más que una bellota. Y cual se levantan en el mes de setiembre las olas del mar, y su plateada corriente se extiende como un lago inundando la pradera, así la muerte inundó la vida, y traspasando su margen natural convirtió en un lago salobre la plateada corriente de la existencia. La riqueza no tenía poder para sobornar, ni la belleza para encantar al opresor; y todos perecían igualmente bajo el azote de su cólera: —Pero el pobre ¡ay! que no tenía ni amigos ni favorecedores se arrastraba para ir á morir en el hospital, asilo del que no tiene hogar. Estuvo la peste en los suburbios, en medio de las praderas y en los bosques; ahora circunda la ciudad; pero allí, ya en sus grandes puertas ó en sus portezielas modestas, ya en medio del esplendor, ó en sus humildes muros parecen repetir blandamente las palabras del Señor: “Siempre tendréis pobres entre vosotros” De noche y de día iba al hospital la Hermana de la Merced. Los moribundos veían su rostro, y pensaban ciertamente contemplar en él rayos de luz celestial que circundaban su cabeza de esplendor, como los que pinta el artista sobre el rostro de los santos y de los apóstoles, ó los que aparecen por la noche sobre una ciudad vista de lejos.

A sus ojos semejaban las lámparas de la ciudad celestial, por cuyas brillantes puertas entrarían sus espíritus antes de mucho tiempo.

En la mañana de un sábado, siguiendo pacíficamente su camino al través de las silenciosas y desiertas calles, entró por la puerta del hospital. El suave olor de las flores del jardín embalsamaba el aire del estío; detúvose en su camino para cojer las más hermosas, que una vez más podrían con su fragancia y belleza regocijar á los moribundos. Luego, al subir las gradas de los corredores refrescados por el viento del Este, sonaron en su oído los blandos y lejanos repiques del campanario de la iglesia de Cristo, mientras mezclados con ellos, cruzando las praderas llegaban por el aire sonidos de salmos cantados por los “suecos” en su iglesia de Wicaco. Suave como alas que bajan, la calma de la hora descendía sobre su espíritu; algo le decía en su interior: “al fin tus pruebas han terminado”; y resplandeciendo sus miradas entraba en los cuartos de los enfermos. Sin ruido se movía al rededor de los asiduos, cuidadosos asistentes, humedeciendo el labio del febricitante, la frente adolorida; en silencio cerraba los ojos sin vista á los muertos, y les cubría el rostro cuando yacían en sus pobres camas como montones de nieve al lado del camino. Cuando Evangelina entraba, muchas cabezas lánguidas, se volvían en su almohada de dolor y se levantaban á contemplarla mientras pasaba, porque su presencia era para sus corazones lo que un rayo de sol en los muros de una prisión. Y cuando ella miraba en torno suyo, veía cómo la muerte, el consolador, poniendo su mano sobre muchos corazones, los había aliviado para siempre. Muchas formas familiares habían desaparecido durante la noche; sus camas estaban vacías, ó se habían llenado enteramente con desconocidos.

Derrepente, como embargada por el temor ó por un sentimiento de asombro, quedóse parada, con los labios descoloridos; un estremecimiento corría por su cuerpo, olvidadas las flores cayeron de sus dedos, y de sus ojos y mejillas la luz y la frescura de la mañana. En seguida se escapó de sus labios un grito de angustia tal, que el moribundo

se estremeció en sus almohadas. En la cama que había delante de ella estaba tendida la figura de un viejo. Largas, malas y grises eran las guedejas que sombreaban sus sienes; pero al fijarse en la luz de la mañana su rostro pareció tomar por un momento las formas de su más temprana virilidad; suelen cambiar así los semblantes de los moribundos. Ardiente y rojo el flujo de la fiebre quemaba sus labios silenciosos, cual si la vida hubiere salpicado de sangre sus puertas como el pueblo hebreo, para que el ángel de la muerte pudiese ver la señal y pasara adelante. In sensible, sin movimiento yacía el moribundo, y su espíritu exhausto parecía estar hundiéndose por entre profundidades sin límites en la obscuridad; en la obscuridad del reposo y de la muerte; hundiéndose y hundiéndose para siempre! Luego, á través de aquellos reinos de la sombra, en multiplicadas repeticiones oyó aquel grito de dolor; y en el silencio que se siguió, susurraba una voz suave con acentos blandos y como de santo: "Gabriel, oh amado mío!" y quedó otra vez en silencio. Entonces vió él, como en sueños, una vez más la casa de su niñez; las verdes praderas de Acadia con silvestres ríos entre ellas, pueblo, monte y bosques, y paseándose como en los días de su juventud aparecía allí Evangelina. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y al levantar sus párpados se desvaneció la visión; pero Evangelina estaba arrodillada junto á su cama. En vano se esforzó él en pronunciar su nombre, porque los acentos inarticulados morían en sus labios, y el movimiento de éstos revelaba lo que su lengua quisiera haber hablado. En vano hizo esfuerzos para levantarse; y Evangelina arrodillándose al lado suyo, besó sus moribundos labios y puso la cabeza sobre su pecho. Suave era la luz de sus ojos; pero repentinamente se hundió en la obscuridad, como si una lámpara fuese soplada por alguna ráfaga de viento á través de una ventana.

Todo había concluido ya; la esperanza, el temor, el pesar, todos los tormentos del corazón, las inquietudes, los deseos no satisfechos, la triste y profunda pena y el ansia constante de tranquilidad! Y estrechando por últi-

ma vez la cabeza sin vida contra su pecho, hizo una humilde reverencia, y murmuró: "Padre, te doy gracias!"

—

Todavía está la primitiva floresta; pero lejos de su sombra, el uno al lado de la otra están durmiendo los amantes en sus tumbas sin nombre. Bajo los humildes muros del pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, yacen desconocidos é ignorados. Diariamente las olas de la vida van bajando y subiendo junto á ellos; miles de corazones palpitantes, donde los suyos están quietos para siempre, miles de cerebros desasosegados, donde los suyos no se ocupan ya, miles de manos trabajadoras, donde las suyas han dejado de trabajar, miles de pies fatigados, donde los suyos han rendido su jornada!

Todavía está la primitiva floresta; pero bajo la sombra de sus ramas vive otra raza con sus costumbres y lenguaje. Solamente en la costra del nebuloso Atlántico languidecen unos pocos paisanos de Acadia, cuyos padres volvieron de la expatriación á su tierra nativa, para morir en su seno. En la cabaña del pescador la rueca y el telar se ocupan todavía, las mujeres llevan aún sus gorros normandos y sus mantos hilados en casa, y cerca del hogar repiten por la noche la historia de Evangelina, mientras desde sus cavernas de roca el vecino océano habla con su profunda voz, y en desconsolados tonos responde á los lamentos de la floresta.

Guatemala.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

EDDA.

I.

Hablábamos del Cauca,
De sus valles, sus fuentes y sus flores,
De sus mañanas lúcidas
Y sus azules noches;
Y hablábamos de amor; y fascinado
Por visión ideal, murmuré entonces
Esta palabra: EDDA—y tú has querido
Saber qué significa:

EDDA es un nombre!

II.

Dulce recuerdo á mi memoria viene. . . .
Ella es la luz primera de mi alma.
Con no sé qué precoces desventuras
Una fría mañana
Penetré en el recinto de una iglesia
Y la ví. De rodillas ante el ara;
Tenía puestos los oscuros ojos
En el límpido altar; las manos blancas
Cruzadas sobre el pecho parecían
Un ramo de jazmines; enlutada
Veste envolvía sus gentiles formas;
En sus labios temblaba una plegaria,
Y áureo rayo de luz iba á quebrarse
Sobre su frente pálida.
Estaba sola. El ruido de mis pasos
No pareció inquietarla,
Y siguió en ese éxtasis sublime,
Hondo misterio en que se abisma el alma.
Atravesé en silencio
La nave solitaria,
Y medio oculto, á contemplar me puse
A la mística vírgen enlutada.
Yo sentía en mi pecho
Convulsiones extrañas,
Una ansia indefinible, un doloroso
Latir del corazón. Y vacilaba
En medio de este vértigo: quería
Ir, con caricias más que con palabras
Hacerle comprender mi amor inmenso,
Y arrojarme á sus pies para adorarla!
Lento vibró en la torre
El són de la campana.

Salió la virgen. Timido y confuso
La seguí á la distancia.

III.

EDDA! Ese nombre encierra la ardua lucha
De un corazón ardiente
Que se enamora loco
De un corazón de nieve.
Grito desesperado, cuyos ecos
Retumban y se pierden
En el fondo de una alma
En que todo está muerto ó todo duerme.
Combate de la ola
Que rugé y se alza, al parecer potente,
Contra la roca enhiesta
Que nunca se conmueve....
Ah! sí se conmovió: por fin el grito
Del amor, que en luchar se fortalece,
Encontró un eco allá en lo más profundo
Del corazón de nieve.

IV.

EDDA es gloria, mi gloria más hermosa,
Más pura y más querida.
Halagos de su amor fueron laureles
Sobre la frente mía!
EDDA es un idilio:
La belleza del campo, la casita
Oculta como un nido entre las flores
Que el céfiro acaricia.
El amor bajo el palio
De la bóveda azul, honda, infinita,
Al rumor de la fuente
Arrulladora y rítmica
Que se llevaba los marchitos pétalos
En su onda fugitiva.
Las aves gorjeaban
En las espesas ramas escondidas,
Y acompañaban con su dulce canto
La voz, más dulce, de la amada mía....
¡Oh mañanas de julio,
Frescas, hermosas, límpidas!
Alejándonos juntos del alegre
Grupo de la familia,
Vagábamos los dos entre las flores,
Sorprendiendo el botón que se entreabría,
Formando ramos de azucenas blancas
Y de violetas tímidas,
De albos jazmines y claveles rojos
Como su fresca boca purpurina;

Y adornaba sus bucles
Con la rosa más linda . . .

Era una tarde espléndida. En ocaso,
Entre nubes, de púrpura teñidas,
El sol esplendoroso
La regia frente iluminada hundía.
Sus últimos fulgores
Bañaban de oro las enhiestas cimas,
Y por el valle inmenso
Erraban ya las sombras indecisas . . .
Habíamos hablado
De pasadas desdichas;
Después, de porvenir, de dulces sueños
Y de felicidad no interrumpida.
Y seguimos callados,
Ella tal vez pensando en cosas íntimas.
Yo miraba una nube
Que en el azul desapareciendo iba.
De repente detúvose.
—“Mira, me dijo, mira”
Eran dos aves que al llegar la noche
Volaban juntas á la selva umbría.
—“Dí—¿se amarán?”—me preguntó. Y sus ojos
Claváronse en mis ojos; sus mejillas
Fueron dos rosas pálidas; sus manos
Temblaban enlazadas con las mías.
Yo estaba fascinado,
Ella bajó la frente pensativa,
Y de pronto . . . La luna
Se alzó en Oriente, esplendorosa y límpida.

V.

EDDA . . . es un beso! El inmortal poema
De esa felicidad incomparable
Que se encuentra en los labios
Y que envidian los ángeles!

VI.

El sol postrero del verano ardiente
Se hundió sin luz tras la feraz montaña;
Por los crestones de la cumbre andina
Siniestro y torvo nubarrón pasaba.
Piando tristes, al vecino bosque
Iban las aves, presurosa el ala,
Las mismas que antes en las tardes bellas
La dulce nota del amor cantaban.
Triste la noche apareció. A lo lejos,
Cual tren distante que rugiendo pasa,

El trueno sordo retumbar se oía
 Entre la obscura inmensidad callada.
 Relámpagos ligeros
 De tempestad lejana,
 Alumbraban de pronto el horizonte
 Con una luz amarillenta y vaga.
 El firmamento era
 Una inmensa mortaja;
 Sólo algunas estrellas se veían
 Como puntos de oro á la distancia

.....
 Esa noche mis padres dispusieron
 Partir á la ciudad en la mañana
 Del venidero día; tristemente
 Escuché yo la paternal palabra.
 EDDA la oyó á mi lado. Pensativa,
 En mí fijó su virginal mirada,
 Y un poema de dolor leí en sus ojos
 A la luz de una lágrima.
 Sí, bien lo comprendía:
 Ibamos á dejar pronto, "mañana",
 Como su nido el ave, el paraíso
 De nuestras esperanzas!
 ¡Oh heredad de mis padres,—
 Con que sueño en mis noches de nostalgia;
 Entre tus flores, si aun te quedan flores,
 El grato aroma de mi amor tú guardas!
 ¡Oh noche postrimera,
 Negra, espantosa, aciaga!
 Ay! no tan negra, aciaga y espantosa
 Como la triste soledad de mi alma!

VII.

Reina la media noche,
 La ciudad triste y muda
 Duerme profundo sueño
 Bajo su negra túnica;
 Las calles están solas;
 Más ruido no se escucha
 Que el doliente crujir de los cristales
 Al golpe de la lluvia.
 Hay un hogar en vela:
 Inquietas y confusas
 Mujeres van y vienen, entran, salen,
 Y al pasar se preguntan
 Algo en voz baja, y en la faz de todas
 El temor se dibuja.
 Allá en la interna estancia
 Que débil luz alumbraba,
 Oyese un ¡ay! doliente y apagado
 Que la honda calma turba.

Yo penetré en la alcoba
 Con sobresalto y duda:
 Sobre el seno de EDDA
 Estaba la cabeza moribunda
 Del padre anciano que á dejar ya iba
 La humana vestidura.
 El médico tenía
 La tremulenta mano entre la suya
 Y observaba la faz doliente y pálida
 Con atención profunda.
 Luégo se puso en pie. Todos sabemos
 Lo que tal acto anuncia.....
 EDDA dio un grito. La tranquila estancia
 Se puso fría y olorosa á tumba.

VIII.

La mañana siguiente,
 La campana del templo
 Lanzaba el són terrífico
 Del toque de los muertos.
 Los anchos corredores
 Del triste hogar ya huérfano
 Llenáronse de gentes que, llegando—
 Sentábanse en silencio.
 Apagados sollozos
 Escuchábanse dentro,
 Como quejas de una alma
 Que interrogara, en su dolor, al cielo.
 De pronto, de la estancia
 Do se oía el lamento,
 Salió EDDA, arrebatada,
 Loca, suelto el cabello,
 El rostro salpicado
 De lágrimas, y viendo
 Cual si buscara á álguien
 Entre los grupos negros.
 Me vió, corrió llorando,
 Miróme con fijeza, y en silencio
 Condújome á la sala en que yacía
 Su anciano padre muerto.
 No había nadie allí; solo, el cadáver
 En la caja de ébano.
 En las limpias paredes
 Coronas blancas y crespones negros.
 —“Ves? me dijo EDDA,
 Señalándome el féretro:—
 Él está allí; lo llamo y no responde
 Ni escucha mis lamentos;
 Llámalo tú, sí, llámalo; digámosle
 Que no nos deje huérfanos.....”
 Cayó entonces de hinojos

É imprimió un santo beso
 Sobre la helada frente del anciano.....
 —“Oye,—tornó á decir—allá en el cielo
 Está mi madre; él mucho la quería
 Y se ha ido á buscarla....¡y yo me quedo
 Ay! yo me quedo sola!” Ante ese grito
 Sentí todo mi sér de fuerza lleno,
 Llena el alma de amor! Y alzando el brazo
 Sobre el mortuorio féretro,
 —“Juro, EDDA, le dije,
 Por las cenizas de tu padre muerto,
 Que mientras este brazo tenga sangre,
 Tuyo será su esfuerzo!”

IX.

—“EDDA—¿por qué te encuentro
 Aun más que nunca, triste?
 Qué nueva sombra de dolor descubro
 En tu frente de vírgen?
 Yo que sentía un hondo regocijo
 De verte al fin ya resignada y firme
 Ante el embate fiero
 Del infortunio que tu sér oprime;
 Yo que creí que á tu alma había vuelto
 La dulce paz que en el dolor perdiste,
 Vuelvo á encontrarte pensativa y muda.....
 ¿Qué nueva causa de pesar te aflige?
 ¿Aun hay más hiel en la divina copa
 De tu abatido corazón? ¡ay! dime
 ¿O es quizás un secreto
 Que no pudiera acaso descubrirse?”
 EDDA callaba en tanto; sus mejillas
 No tenían el tinte
 Que las rosas un tiempo le prestaran....
 Luego, con voz muy triste,
 —“Lée”, me dijo; y deslizó en mi mano
 Enlutado papel....Entonces vine
 A comprender el nuevo sufrimiento
 De una de esas criaturas que reciben
 Por herencia las lágrimas. ¡Oh ángel!
 ¡Oh pobre alma, en el dolor sublime!

.....
 Era preciso separarnos luego,
 Cortar el lazo con que unirla quise
 A mi vida.... ¿Por qué no era yo hombre,
 Y, niño aún, soñaba lo imposible?
 —“Por desgracia es verdad, agregó EDDA,
 Lo que esa carta dice:
 Huérfana, pobre, abandonada, sola,
 Y una hermanita aún! Y pues reciben

Gentes de la familia en sus hogares
 A estos dos seres que en la angustia viven,
 Yo voy allí para ocultar mis penas,
 Las penas hondas que en mi pecho gimen.
 Mas nadie habrá que en una tierra extraña
 Enjague el llanto que en mis ojos brille....
 ¡Oh idolatradas tumbas de mis padres!
 ¡Oh pobres flores, sin que nadie os cuide!"
 Y hundió la faz en las marmóreas manos,
 Y por mi alma dolorida y triste
 Pasó una sombra como el ave negra
 Que anuncia el duelo en donde se es felice.

X.

Quiso de nuevo ver el campo amigo
 Donde al amor se abrieran
 Nuestras dos almas. Señalóse el día:
 Fue una tarde serena.
 Asida de mi brazo,
 Cruzámos las veredas
 ¡Ay, ya medio borradas
 Entre la vil maleza!
 Aquí y allá, siniestro el abandono
 Dejado había su espantosa huella.
 EDDA callaba. Conmovido entonces
 Le pregunté solfécito:—"En qué piensas?"
 Y cual sumida en hondas reflexiones,
 Dijo mirando en torno:—"Así no era
 Nuestro jardín." Y con aquel acento
 Que da á sus expresiones la tristeza,
 Me preguntó: "Son estos los estragos
 Del tiempo y de la ausencia?"
 Yo callé. Con angustia
 Más el brazo estrechó mi amada bella,
 Y en silencio seguámos, preocupados
 Los dos quizá por una misma idea.
 Llegámos á la orilla del torrente,
 Y allí nuestra matita predilecta,
 Bajo sus anchas flores de esmeralda
 Nos guardaba violetas.
 EDDA hizo un lindo ramo;
 Yo se lo puse en una de sus trenzas
 Y le dije: "Pues viven estas flores,
 Todo no muere, EDDA."
 Detuvímonos luégo
 Bajo la antigua ceiba:
 Allí estaban grabados nuestros nombres
 En la dura corteza.
 Sentóse fatigada
 En un banco de piedra,
 Y yo á sus pies, sobre la verde alfombra

De la mullida yerba.
 Hablámos de la plácida ventura
 De más felices épocas,
 Y rechazámos con secreto espanto,
 El triste pensamiento de la ausencia.
 La noche, en tanto, se acercó. Tendía
 Crespón de luto por las hondas selvas.....
 Y dijimos adios á aquellos sitios
 Tan dulces ¡ay! como mi edad primera.

XI.

Era la hora fatal. Pálido el cielo,
 Ausente el sol; lluviosa la mañana;
 Como si todo en tan funesto día
 Quisiera armonizar con mi desgracia.
 Contra el vapor rompíanse rugiendo
 Las turbias ondas del revuelto Cauca,
 Y aves ligeras la flotante espuma
 Rozaban con la punta de sus alas....
 —“Si otra mujer, que nunca podrá amarte
 Como yo, alguna vez te turba el alma,
 Ay! no te olvides de tu pobre amiga,
 Mas sè feliz”....Diciendo estas palabras,
 Las últimas que oí de EDDA, un silbido
 Dejóse oír para anunciar la marcha.
 Nos abrazámos en silencio; luégo
 Salté confuso y me quedé en la playa.
 Otro rugido conmovió el espacio,
 La hélice poderosa rompió el agua;
 Quise gritar, y el grito de mi pecho
 Convirtiós en sollozo en mi garganta.
 De pie en la popa, una mujer de luto
 Blanco pañuelo trémula agitaba.....
 ¡Ay, me parece verla todavia,
 Y ver el cielo gris, y el ancho Cauca!

XII.

Esta es la historia de ese nombre amado:
 EDDA! la virgen con fulgores de ángel;
 Amor y ausencia.....El doloroso epílogo
 Hay alguien que lo sabe.....

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador, 1897.

MISCELÁNEA.

La Señora Doña Rosario Aguilar de Cuervo.

El jueves 20 del próximo pasado mayo, á las 2h. y 12 m. de la madrugada entregó su alma á Dios la venerable matrona con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

La sociedad en general no ha podido menos de sentir intensamente y lamentar con expresiones de la condolencia más unánime la eterna desaparición de aquella santa y bondadosa anciana que, dechado viviente de piedad y virtudes, edificaba con su sola presencia y con su solo semblante sabía inspirarnos cariño y veneración á la vez.

Nacida de padres modelos (el 26 de febrero de 1819) y educada esmeradamente en una religión que puede hacer un angel de cada humana creatura, sus obras fueron buenas cual los sentimientos que las producían y su espíritu ha sido un incienso grato para el Creador, que por 78 años quiso conservar obre la tierra aquella vida tan llena de merecimientos.

¡Descanse en la paz excelsa de los bienaventurados el alma inmortal de la que se llamó **Rosario Aguilar de Cuervo**, y reciban el Ilmo. y Remo. Sr. Obispo Diocesano Dr. D. Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, hijo dignísimo de ta inolvidable finada, y nuestro estimado amigo y co-redactor el Sr. D. Doroteo Fonseca, para quien siempre tuvo ella cariño y consideraciones como de madre, esta expresión de la sincera condolencia con que nosotros, y con nosotros "La Juventud Salvadoreña", les acompañamos en su pesar profundo, haciendo á la vez votos por su conformidad!

CON EL PRESENTE N^o se prosigue el Tomo VII, empezado desde enero del próximo pasado 96 y suspendido desde junio del mismo año por motivos independientes de nuestra voluntad y que con todo y los esfuerzos más arduos se nos había hecho imposible subsanarlos antes de hoy. Nuestros queridos suscritores se servirán disculparnos de tan involuntaria dilación, y considerar este N^o y los sucesivos (que ya publicaremos con toda la puntualidad debida) como continuación de la serie anual de doce números á que no obstante la interrupción han permanecido abonados. Pues como dicha interrupción ha durado un año exacto y el número último que dejamos publicado fue el 5^o correspondiente al mes de mayo, el presente (que lleva número 6 y fecha del actual junio) se vincula á aquél de manera que ni se pierde el orden de denominación de meses ni deja de seguirse la numeración de la serie cuyo término será en diciembre,—época en que completaremos este Tomo VII, para pasar al VIII, con el valioso concurso de nuestros perseverantes colaboradores, agentes y suscritores.

OBSEQUIO LITERARIO.—El presente número, formado con dos trabajos de mérito expresamente elaborados para el efecto, constituye el obsequio literario que al empezarse la actual serie tuvimos el gusto de ofrecer á nuestros apreciables suscritores. La pluma elegante y correctísima del ilustre literato Aycinena era bien á propósito para trasladar á nuestro idioma y hacer saborear á nuestro público la obra maestra del inmortal Longfellow; y nuestro inspirado colega Gamboa ha sabido, por su parte, ponerse á la altura de lo exquisito que deseábamos para regalo y agrado de los amigos de "La Juventud Salvadoreña".

Que éstos, pues, acepten nuestro obsequio de ahora con toda la especial complacencia con que se lo ofrecemos.

A NUESTROS COLABORADORES.

En el número próximo empezaremos á publicar las nuevas colaboraciones que, correspondiendo á nuestra excitativa, han tenido la bondad de enviarnos varias notabilidades de dentro y de fuera del Estado. Entre tanto, bien pueden remitirnos algo más para los subsiguientes.